BOLSILIBROS BRUGUERA

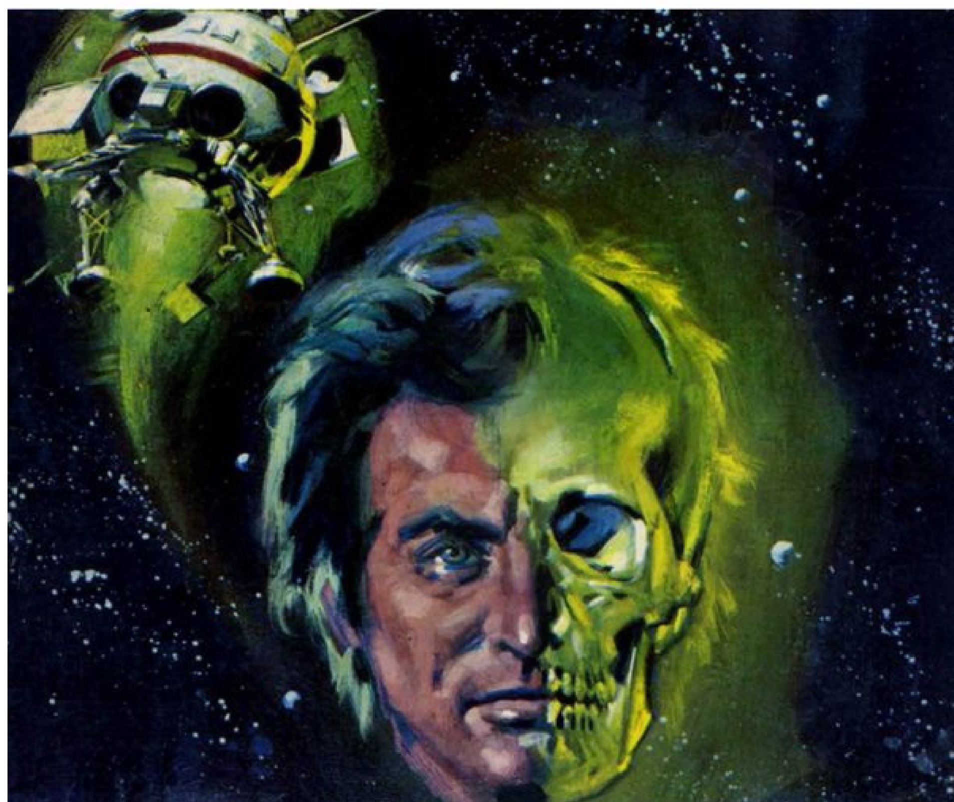
CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

LA VOZ DEL MAL

burton hare

CIENCIA FICCION



LA VOZ DEL MAL

Título Original: *La Voz Del Mal*

Colección: La Conquista Del Espacio 193
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.75

CAPÍTULO I

Despertó y dio tal salto que quedó sentado en el lecho.

A su alrededor todo estaba oscuro. Parpadeó, mascullando una maldición.

De nuevo aquella pesadilla. Si seguía repitiéndose de un modo tan vivido y obsesivo acabaría en manos de un psiquiatra.

Tanteó en busca de la luz y luego miró el reloj. Era más de media noche.

La habitación que fuera decorada por alguien con sentido delirante de los colores y las formas se le antojó todavía más grande que de ordinario, acentuando su soledad.

¿Qué infiernos sucedía en las profundidades del cerebro para que, todas las noches, una tras otra, se repitiera la misma pesadilla?

Hacía calor, un calor sofocante. Pulsó el mando del circuito de refrigeración y casi al instante la temperatura de la estancia descendió unos grados.

Encendió un cigarrillo, recostado contra la almohada. Trataba de aclarar la confusión que reinaba en su mente.

Que un individuo sufriera pesadillas no era nada extraño en un mundo loco que había perdido el timón en su proceso de deshumanización. Lo realmente extraño era que las sufriera él precisamente; él, que poseía un cerebro potenciado al máximo, adiestrado para soportar los choques psíquicos más brutales que pudieran zarandear la mente humana…

Eso era lo que le preocupaba. Algo no andaba bien de unos días a esta parte…

Miró el teléfono ansiando utilizarlo, aunque ella ya estaría acostada. Necesitaba comunicarse con alguien y nadie mejor que Carolyn.

Al fin, apagó el cigarrillo, desconectó el visor del aparato telefónico y marcó un número pulsando rápidamente los botones.

Oyó el leve y lejano zumbido de llamada y esperó. Al cabo de unos instantes la voz soñolienta de una mujer murmuró:

—¿Quién habla?

—Larry. ¿Te he despertado?

—¡Por supuesto que me has despertado! ¿Qué sucede?

—Necesitaba hablarte.

—Bueno, ya lo estás haciendo, pero sigo sin comprender por qué debes hacerlo a estas horas.

—Carolyn…

—Dime, querido.

El titubeó.

—Estoy preocupado, Carolyn —confesó al fin—. ¿Recuerdas lo que hablamos respecto a las pesadillas?

—Sí, claro.

—Se repite una y otra vez, noche tras noche.

—¿Siempre igual?

—Exactamente, y eso es lo que me preocupa. Tú sabes que yo no debería preocuparme por una estupidez como ésa, pero no puedo evitarlo. Es algo tan vivido que me da escalofríos.

—Debería verte el doctor Stark, Larry.

—Ya lo he pensado. Pero…

—¿Sí? No te oigo, Larry.

—Temo consultar con el doctor precisamente ahora. Tú sabes cómo son todos esos reductores de cabezas del Departamento. Es capaz de recomendar que me sustituyan en el próximo vuelo.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé.

—Larry, empiezas a preocuparme. Tú nunca habías tenido miedo de nada. Eres el hombre más seguro de sí mismo que he conocido jamás.

—Necesitaba oírte decir eso —rio él—. Confieso que haces sentirme mucho mejor.

Oyó la sonora risa de la muchacha a través del auricular. Era la risa cristalina y fresca como agua de manantial, de una muchacha sana de cuerpo y espíritu.

—Te cobraré la consulta —dijo Carolyn—. ¿Puedo volver a dormirme ya, o aún tienes algo más que descargar de tu conciencia?

—Sólo una pregunta…

—Adelante, cariño.

—¿Estás en la cama?

—Vaya pregunta. ¡Claro que estoy en la cama! ¿Dónde diablos crees que está una muchacha a estas horas de la madrugada?

—Está bien, está bien, sólo que se me ocurre que debiste haber conectado el visor desde el principio.

Hubo un corto silencio. Luego, la voz suave murmuró en su oído:

—Perfecto… ahí va. Quizá sirva para borrarte las pesadillas…

La diminuta pantalla que había sobre el aparato telefónico se iluminó, semejante a un chispazo. Luego, surgió la imagen nítida de una habitación tomada en un extraño escorzo. Una habitación en tonos azules y blancos inmaculados, con parte de un gran lecho circular.

Sobre el lecho, como una figurilla de oro viejo, la soberbia figura de Carolyn, con su piel tostada por el sol, cubierta por un pijama.

El bellísimo rostro le miraba a través de la pantallita con sus grandes ojos verdes, mientras sonreía. Sus labios eran carnosos y él sabía por experiencia cuánto fuego podían transmitir.

Acusaba una respiración quizá alterada. De todos modos no tuvo mucho tiempo para comprobarlo, porque ella alargó la mano, como si quisiera tocar el objetivo que estaba revelándola con toda su serena belleza, y la pantalla se oscureció, mientras la voz por el auricular susurraba:

—Buenas noches, amor… Trata de dormir.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero, linda?

—No estoy muy segura… Adiós, Larry.

—Buenas noches, pequeña.

Se recostó en la almohada y en sus retinas le pareció ver aún la soberbia imagen con que ella acababa de obsequiarle.

Al infierno las pesadillas. ¿Cómo puede un hombre tener pesadillas cuando es dueño de un ángel como Carolyn, de un cuerpo como el suyo, de su serena belleza, de su boca y de su aliento?

Fumó otro cigarrillo Hasta apurarlo. Luego, apagó la luz y se tendió perezosamente. De cualquier modo, necesitaba relajarse en vísperas de uno de los vuelos más importantes de su carrera…

Entonces, aún despierto, «aquello» sucedió.

Sucedió llenándole de pánico, porque por primera vez sucedía sin que estuviera dormido.

No era nada material ni tangible.

Sólo una voz.

Pero era una voz dentro de su cerebro.

La voz de alguien que hablaba lenta y suavemente, como apenado:

«*Te necesito. No debes tener miedo alguno, en absoluto. Ningún miedo, a pesar de que necesito que estés muerto.*»

Se levantó como impulsado por un resorte y encendió la luz.

Ahora no había sido una pesadilla. Lo había «oído» estando despierto y relajado.

Pero no comprendía cómo podía oír una voz que no existía.

O, mejor dicho, una voz que estaba en él mismo, en las profundidades de su cerebro…

Comenzó a preguntarse si estaría volviéndose loco.

CAPÍTULO II

El capitán Corby se sirvió una taza de café y miró el reloj.

Pronto amanecería. Había sido una noche aburrida y estaba cansado y soñoliento, aunque si se hubiese detenido a pensar en ello habría debido alegrarse de esta circunstancia, por cuanto evidenciaba que el crimen, en Miami, dormía plácidamente.

Apuró el café. Estaba encendiendo un cigarrillo cuando alguien llamó a la puerta del despacho.

—¡Entre!

El joven Kaspar, detective de primera con un brillante porvenir por delante, asomó la cabeza.

—¿Está muy ocupado, capitán?

—Tú sabes bien que no.

El joven entró y cerró la puerta.

—Tenemos ahí fuera a una mujer que nos está volviendo locos, capitán.

—¿Y qué?

—Tal vez… este… si le hablase usted se tranquilizase, dejándonos en paz. Ya sabe, si hablan con alguno de los jefes creen que todo va bien y se largan.

—¿Qué le ocurre a ésa?

—Va a casarse por la mañana, pero su novio ha desaparecido.

Bill Corby soltó una suerte de rugido.

—¡Vaya estupidez! El tipo puede estar en cualquier parte. O ha cambiado de opinión respecto a la boda, poniendo tierra de por medio. O bien está con sus amigos celebrando la despedida de soltero. Mándala al infierno.

—No es tan fácil.

Corby soltó un bufido de impaciencia.

—Está bien, tráela aquí y acabemos. Después de todo, no tengo nada mejor que hacer.

La muchacha que entró rondaría los veinte años, tenía un cuerpo como una escultura de mágica belleza y un rostro que ni siquiera la inquietud y la angustia lograban descomponer.

—Siéntese —gruñó el policía—. Me llamo Corby, Bill Corby. Soy el capitán de servicio en este distrito. ¿Cuál es su problema realmente, señorita…?

—Martha Ireland. Ya di mi nombre a los agentes.

—Bien, cuénteme qué le ocurre.

—Se trata de Thomas… mi prometido. Vamos a casarnos por la mañana. Todas las noches me llama por teléfono… conversamos un poco… ya sabe usted cómo son estas cosas, capitán.

Él estuvo a punto de decirle que no sabía una maldita cosa de este tipo. Pero prefirió callar para no confundirla más de lo que ya estaba.

—Siga.

—Bueno, ayer tarde quedamos que hablaríamos por teléfono esta noche… era la última vez que debíamos hablarnos así… a distancia, ¿comprende? A partir de mañana ya estaríamos juntos por las noches. Por eso tanto para él como para mí era tan importante…

Bill Corby estaba poniéndose nervioso.

—¿Eso es todo? —gruñó.

—No me ha llamado.

—¿Eso es todo? —repitió, y su voz había subido hasta un tono agudo.

—No… He tratado de comunicarme con él. Tiene un apartamento, pero no está allí. Sus padres no saben nada tampoco… ni sus amigos. Ha desaparecido, capitán… ¡Desaparecido! El no habría dejado de llamarme por nada de este mundo esta noche.

—Mire, amiguita, los hombres a veces suelen hacer cosas raras, ¿sabe? Sobre todo, cuando están a punto de ser llevados al matadero…, quiero decir, al pie del altar. O se asustan y huyen, o deciden celebrarlo con una buena fiestecita con sus amigotes. Su novio puede haber hecho cualquiera de estas cosas, y algunas más que no es necesario mencionar aquí.

—¡Mi Thomas no haría nada de eso! ¿No quiere entenderlo?

—Muy bien, me ocuparé de que su denuncia pase al departamento correspondiente. Le buscaremos. Deje usted su dirección y número de

teléfono al agente que la atendió al entrar y…

Se interrumpió cuando el teléfono emitió su sordo zumbido. Pulsó una pequeña tecla roja y la pantalla del visor se iluminó.

Vio el rostro de un guardia de uniforme. Le hablaba desde su emisor del auto-patrulla, a juzgar por lo que se veía más allá de la cara ceñuda del guardia.

—Hable, Norris.

—Otro, capitán.

—¿Otro qué?

—Cadáver.

Corby dio un respingo. La muchacha contuvo el aliento.

—¿Dónde, Norris?

—En Harward y Calloway, junto al canal.

—¿Las mismas circunstancias que los demás?

—Bueno… no exactamente. Este hace apenas una hora que ha muerto. Todos los demás fueron hallados en completa descomposición.

—Ya veo. Llamaré al Departamento Forense y saldremos para allá ahora mismo.

Iba a desconectar el audiovisor, cuando la muchacha se precipitó hacia él.

—¡Por favor, pregúntele si… si lleva documentos… si se llama Thomas Bickert!

—¿Cree que puede tratarse de su prometido?

—¡Por favor…!

—¿Norris?

—Sí, señor.

—¿Han encontrado documentos en ese cadáver?

—Ninguno, señor.

—¿Qué aspecto tiene?

—Joven… unos veinticinco años. Cabello rubio y ojos intensamente azules. Muy azules —recalcó.

La joven no pudo contener un grito.

—¡Es él! —sollozó.

—¿Usted cree?

—¡Son sus señas!

—Muy bien, venga conmigo.

Tuvo que llevarla casi en volandas hacia el coche.

El auto salió zumbando. Era un modelo especial, fabricado única y

exclusivamente para la policía. Veloz y poderoso, no había otro vehículo capaz de oponérsele, a no ser uno de esos modelos deportivos, estilizados y carísimos importados de Europa.

Habían instalado unos focos en la esquina indicada por el guardia. Las oscuras aguas del canal centelleaban a corta distancia.

El cuerpo había sido cubierto por una lona negra. Corby llevó a la muchacha sosteniéndola por el codo. Hizo una seña y el guardián apartó la lona, dejando el rostro al descubierto.

Martha Ireland lanzó un alarido. Le dio bastante trabajo a Corby para sostenerla cuando se desplomaba como un plomo.

Maldiciendo, la entregó a sus ayudantes para que la dejaran en manos del doctor, en el interior de su coche.

Luego, él retiró el resto de la lona.

—¿Heridas? —preguntó.

—Ninguna, aparentemente.

De pronto, Corby se inclinó sobre aquel rostro blanco como la cera y gruñó:

—Norris, tiene usted un golpe de vista fatal… ¿No dijo que tendría alrededor de veinticinco años?

—Así es.

—¡Con un demonio! Este tipo ha pasado de los treinta y cinco por lo menos.

—¿Qué?

—Acérquese. Y trate de fijarse más en su trabajo. Tiene usted experiencia suficiente para no sufrir esos errores.

Perplejo, el agente se inclinó sobre el cadáver.

Por poco no se cayó de espaldas.

—¡Le juro que ha envejecido en cuestión de minutos! —exclamó.

—¡No me diga! ¿No habrá hecho testamento también, mientras esperaba que llegásemos nosotros?

—¡Le digo que…!

—Cierre el pico, Norris. No estoy de humor esta noche.

El médico se aproximó rezongando.

—Esa chica es un amasijo de nervios… ¿Cómo está mi cliente?

—Esperándole. No necesita darse prisa.

—¿Qué le pasa, Corby, tiene mala noche?

—Podía haberla tenido mejor.

El doctor Devon se dedicó a su trabajo alumbrado por la luz de los

focos.

Corby encendió un cigarrillo y gruñó:

—Está bien, Norris, ¿cómo lo encontraron, alguien les avisó o qué?

—No, señor. Fue por casualidad que girásemos una visita a esta esquina. Por lo general, damos vuelta en Calloway para enfilar el paseo del canal. Sólo que esta noche, al girar me pareció ver una leve luz verde en esta esquina…

—¿De qué está hablando? Los faroles son de luz de mercurio aquí, perfectamente blanca.

—Lo sé, pero el resplandor que me sorprendió era verde… o por lo menos pensé haberlo visto. ¿Cómo le diría…? Algo semejante a un fuego fatuo, si es que usted entiende lo que quiero decir…, pero grande. Fue sólo un segundo y luego desapareció. De modo que decidí dar un vistazo y me encontré con el cuerpo. Eso es todo.

—Una luz verde… un fuego fatuo. Y un cadáver de veinticinco años, cuando tiene por lo menos diez más. Oiga, Norris. ¿No habrá bebido usted estando de servicio?

—¡Capitán…!

—Bueno, bueno, olvídelo. Haga constar sus impresiones en el informe, pero trate de que sean por lo menos lógicas, ¿sí?

Antes que el agente pudiera replicar, Corby se apartó de él, fastidiado.

—¿Qué hay, doctor?

El médico se incorporó. Tenía el rostro sombrío.

—No quiero que nadie toque ese cadáver, capitán.

—¿Por qué? Habrá que llevarlo al depósito, digo yo.

—Enviaré a gente especializada a buscarlo. Hay algo muy raro aquí, algo que no me gusta en absoluto.

—A mí tampoco me gustan los fiambres, doc.

—Escuche, capitán; se han encontrado nueve cadáveres en menos de una semana… cadáveres en plena descomposición, ocultos en distintos lugares de la ciudad…

—¿Y qué con eso?

—Ninguno presentaba heridas; no obstante, alguien los había ocultado.

—Seguro. Estamos trabajando en este asunto.

—Bueno, eche un vistazo a ése.

—¿Otra vez? Lo vi antes con detalle.

—¡Mírelo, hombre!

Intrigado, Corby volvió a inclinarse sobre el cuerpo tendido sobre el asfalto.

No pegó un brinco porque su propia estimación se lo impidió.

Estaba contemplando a un hombre de una edad que rondaría poco más o menos en los cincuenta años.

—¡Maldita sea mi estampa! —gruñó—. ¿Estaré volviéndome loco? Este tipo tiene veinticinco años…

—Tenía.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No lo sé. Y no se le ocurra tocarlo. Mandaré a alguien con un *Geiger*.

Corby achicó los ojos.

—¿Radiactividad?

—En todo caso, de una clase que desconozco. Advierta a sus hombres que no se acerquen siquiera a él. Y si alguno lo ha tocado, que se ponga a mis órdenes de inmediato para un reconocimiento en el consultorio.

—Norris…

—¿Algún agente?

—Sí… ¡Condenación! —Corby se volvió en redondo—. ¡Norris!

El agente se acercó a regañadientes. Estaba ofendido por la insinuación de que había bebido esa noche.

—Vaya usted con el doctor —masculló el capitán Corby—. Le someterá a un reconocimiento y…

—¡Un momento, capitán! —estalló el guardia—. Llevo quince años de servicio y nunca nadie se había atrevido a dudar de mi integridad.

—¡Oh, no sea quisquilloso! Es un reconocimiento médico por haber tocado usted ese cadáver.

—No trate de dorarme la píldora. Yo…

—¡Échele un vistazo al fiambre!

—Capitán…

—¡Vaya a ver al «tieso», maldita sea!

Norris apretó las quijadas, furioso, pero obedeció.

Lo que vio allí, en el suelo, le dejó helado.

—¡Eh! —gimoteó—. ¡El tipo se ha vuelto viejo…!

—Qué cosas, ¿no le parece? Vaya con el matasanos y luego presente su informe.

Norris salió disparado detrás del doctor Devon.

Corby distribuyó al resto de sus hombres para que realizaran un minucioso reconocimiento del terreno en los alrededores y regresó al coche, donde Martha Ireland sollozaba quedamente.

—Tranquilícese. La llevaré a su casa.

—Pero él… No puedo dejarlo ahí, abandonado…

—Se ocuparán del cuerpo, no se preocupe.

Hizo una seña al conductor y el auto se puso en movimiento.

Tras unos instantes de silencio, el capitán indagó:

—¿No observó nada extraño en su prometido durante los últimos días?

—No, no…, éramos felices…

—¿Sabe si estaba enfermo, si padecía algún trastorno?

—En absoluto, capitán. Thomas era perfectamente sano. Nos habíamos sometido los dos a un completo reconocimiento médico hace apenas unos meses… Ya sabe lo que quiero decir. Un reconocimiento con vistas a los hijos que pudieran venir. Queríamos estar seguros y…

—Está bien, olvídelo, era sólo una pregunta. Y tengo otra que quizá la sorprenda, pero he de hacerla. ¿Le conocía usted bien?

—¿A Tommy? Iba a casarme con él.

—Eso no responde a mi pregunta.

Ella suspiró.

—Nos conocíamos desde que ambos asistíamos a la escuela, si es eso lo que quiere saber.

Corby no replicó. Estaba sumido en un mar de perplejidades.

Habría estado mucho más perplejo aún si hubiese podido saber exactamente cómo había muerto Thomas Bickert, y «por qué» había muerto…

CAPÍTULO III

El hombre que caminaba apresuradamente por Biscayne, bajo las palmeras del paseo, era alto, delgado y llevaba una cartera de mano.

No se distinguía en absoluto de los demás hombres que a esas horas del crepúsculo llenaban las calles de la gigantesca capital del descanso y el placer.

Sin embargo, sí era un tipo de hombre especial.

Era un hombre que estaba en Miami para matar.

Ni más ni menos.

Él era un ejecutor, y de una clase que jamás fallaba.

No podía fallar porque en ese caso se convertiría de ejecutor en víctima…

De vez en cuando, abría la cartera, detenido en cualquier esquina, y daba un vistazo al interior.

Luego, reanudaba la marcha con pasos seguros y resueltos.

Cuando dobló la esquina de Arms Road apareció ante su mirada la masa de los jardines que, un par de millas más allá, se fundían con el pantano. Los jardines estaban salpicados por las manchas blancas de las residencias de lujo, semiocultas por la vegetación.

Se detuvo unos instantes, paseando sus ojos intensamente azules por el bucólico y tranquilo paisaje.

Los primeros faroles empezaron a parpadear y encenderse. Algunas de las casas se llenaron de luz y apenas sin darse cuenta cayó la noche envolviéndole en sombras.

Volvió a abrir la cartera de mano, tras asegurarse de que no había nadie en los alrededores que pudiera verle.

En el interior de la cartera chispeó una lucecilla verde, apenas un pequeño bulbo que centelleaba como una gema.

Estaba cerca. Esta vez estaba cerca. No podía equivocarse… otra equivocación y sabía que sería la última.

Sufrió un terrible escalofrío sólo con imaginarlo.

Allí estaba, en una de aquellas residencias. Movió levemente la cartera en círculo, primero hacia el sur, luego girándola despacio…

El bulbo centelleó cada vez más rápido hasta que de repente quedó brillando intensamente, pero sin parpadear.

Esa era la dirección.

El hombre cerró la cartera y echó a andar.

Esa noche, iba a ejecutar la sentencia.

Una más… la definitiva.

* * *

Larry despegó los labios de la boca de Carolyn con evidente disgusto.

—¿Qué te ocurre, linda? —murmuró.

—Esa pregunta iba a hacértela yo a ti. ¿Qué pasa contigo, Larry? Es como si… como si ésta fuera nuestra última noche. Y aún tardarás por lo menos veinte días…

—Dentro de veinte días me encerraré en la Base para preparar el vuelo. Pero eso no tiene nada que ver con que te tenga en brazos esta noche.

—Pero… casi me partes por la mitad con tus brazos de oso.

—Lo siento…, pero te quiero y tú lo sabes. Más que a nada de este mundo.

—¿Y también de los otros?

—¿Qué?

—De los otros mundos. ¿Me quieres más que a tus vuelos?

—¡Cuernos, nena! Sacas las cosas de quicio.

Volvió a besarla otra vez. La blanca luz de la luna penetraba por el inmenso ventanal abierto de par en par.

—No cabe duda —musitó la muchacha—, esta noche ocurre algo contigo. Estás haciéndome el amor como si fuera la última vez… como si después de esta noche ya no hubiera otras…

—Eso es una tontería, amor mío. Habrá millares de otras noches como ésta.

«*No las habrá, Larry.*»

La voz resonó en su cerebro como si hubiera sido la muchacha la

que acabase de hablar, tan claramente entendió las palabras.

Se quedó rígido.

—¿Qué sucede ahora, querido? —murmuró Carolyn, tratando de besarle las comisuras de la boca.

«*Dile que se vaya, Larry. Pronto.*»

El sacudió la cabeza. La voz era tan clara como la suya propia.

Pero no resonaba en la estancia, sino en su mente.

Se levantó con un incontenible temor en todas las fibras de su cuerpo.

—¡Larry!

—Perdóname… Lo he oído de nuevo.

—¿Qué? …

—La voz… ¡Condenación! La oigo en mi mente, una y otra vez…

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Incluso cuando estás besándome?

—¡Sí, sí!

«*¡Pronto, Larry, dile que se marche de aquí!*»

La muchacha se levantó.

—Olvídalo, querido…

«*¡Si la quieres, dile que salga ahora, inmediatamente!*»

Él se apretó las sienes con desesperación.

—Dice que te vayas… —murmuró, sobrecogido de espanto.

—¡Larry!

«*¡Pronto, pronto*!»

—Ahora, cariño.

—¿Que me vaya ahora quieres decir?

—Sí… ¡Dios, no puedo comprenderlo!

«*¡Ella va a morir, Larry!*»

—¡No, maldito, no! Ella no…

—¡Larry!

—Vete… ¡Por favor, vete!

—No puedo… te amo.

«*Dile que será la última noche si no se marcha ahora mismo.*»

Larry cerró los ojos un instante. Quería saber… saber si estaba volviéndose realmente loco, o por algún extraño fenómeno de la mente estaba oyendo aquella voz angustiada, la voz de alguien que deseara

ayudarle…

—Márchate, Carolyn —susurró finalmente—. Ahora…

—Pero, cariño…

—¡Ahora, por favor! Te llamaré más tarde. ¡Pero ahora vete!

Ella estaba mirándole llena de angustia. Sin ninguna duda, la mente del hombre que adoraba debía estar sufriendo algún desequilibrio. Le habían sometido a esfuerzos espantosos, a tensiones que pocos seres humanos estaban capacitados para soportar. Y él las había soportado. Le habían potenciado de tal modo que en realidad era casi un superhombre…

Tal vez fuera eso… Ahora estaba pagándolo.

—Me iré —susurró, conteniendo los deseos de llorar—. Pero hablaré con el doctor Stark pidiéndole hora para una consulta.

—¡Está bien, está bien!

—Prométeme que me llamarás esta noche, Larry.

—¡Sí, sí, lo haré!

—Entonces, bésame…

«*¡No pierdas más tiempo o ella también morirá!*»

Casi la empujó hacia la salida.

Ni siquiera la besó. La vio perderse en el sendero del jardín y luego oyó el apenas perceptible zumbido del motor de su coche alejándose.

Él estuvo unos instantes allí, rígido, como escuchando el silencio de la noche, como esperando oír de nuevo aquella voz extraña, incluso sabiendo que no la captaría con los oídos, sino con la mente.

Regresó al interior y encendió un cigarrillo.

—Muy bien —gruñó en voz alta—. Ya se fue. ¿Y ahora qué?

«*Sólo espera. Podría hacer que te defendieras, pero eso sería contraproducente. No tengas miedo.*»

—¿Cómo infiernos no voy a tener miedo, con todo lo que está sucediendo? —gritó.

Miraba a su alrededor. Si se trataba de transmisión de pensamiento, de algún fenómeno debido a algún experimento de parapsicología o algo semejante, quien fuera que estaba tomándole como conejillo de indias no podía estar muy lejos…

—Si realmente hay alguien hablándome, ¿por qué no viene cara a cara? —gritó, sin dejar de escrutar a su alrededor.

«*No es tan fácil, Larry. Pero estoy aquí, contigo.*»

Era imposible.

Ni siquiera a pesar de todos sus conocimientos, aquello no tenía ninguna explicación.

Era un «diálogo» absurdo, de locos.

Entonces oyó el tenue chasquido allá fuera, en el jardín.

Se precipitó hacia el ventanal.

La luna arrancaba extrañas sombras a la vegetación, y la brisa que llegaba perezosamente desde la bahía movía el follaje produciendo el suave rumor familiar de todas las noches.

No vio nada sospechoso. No obstante, estaba seguro de haber oído troncharse una rama…

Pensó en ir a buscar la pistola especial de que disponía, como todos los hombres que pertenecían a la División del Espacio.

Con aquella arma en la mano no le temía ni al mismo demonio.

«*Sería inútil, Larry. La pistola sólo alargaría el fin.*»

¿Cómo podía saber incluso sus pensamientos aquel ente inexistente, aquella «voz del mal»?

«*No temas, trataré de ayudarte después. Espero que saldrá bien.*»

—¿Qué tiene que salir bien?

«*Tu muerte.*»

Estuvo a punto de dejarse dominar por el pánico, pero reaccionando decidió ir en busca de la pistola. Si realmente le amenazaba algún peligro no le pillarían desprevenido.

Sólo que lo pensó, pero sus pies no obedecieron al mandato del cerebro.

Simplemente, no pudo moverse.

En el mismo instante, notó como una corriente de hielo filtrarse en todas las fibras de su cuerpo, una horrible sensación de vacío…, igual que experimentaba en sus primeros vuelos astronáuticos al salir de la gravedad de la Tierra.

Era un frío absoluto, un vacío total… como si en su cuerpo sólo quedase el armazón de los huesos y la piel…

—¡Dios! —gimoteó al borde de la inconsciencia.

Entonces, en el linde de la vegetación, vio aparecer al hombre alto.

Llevaba una cartera y estaba mirándole con unos ojos que en la oscuridad parecían dos llamas verdes.

Luego, bruscamente, de la cartera brotó un cegador chispazo tan verde como la fosforescencia de sus ojos…

CAPÍTULO IV

El hombre alto retrocedió precisamente por entre la espesa vegetación del jardín tropical.

Ahora estaba seguro. Su misión podía darse por terminada a entera satisfacción.

Había visto el impacto de su disparo, y esta vez no cabían dudas. Quien lo había recibido no era uno de esos rudimentarios seres inferiores que hasta ese momento le habían despistado obligándole a cometer tantos errores, sino el traidor a quien iba destinada la carga de su rayo mortal.

Corrió durante un trecho hasta desembocar en una avenida ancha y brillantemente iluminada. Allí redujo el paso y caminó con sosiego, cruzándose de vez en cuando con viandantes que no le prestaban atención alguna.

Empezaba a notar una desazón inquietante en todo el cuerpo. Debía apresurarse o estaría perdido. No quería ni imaginar lo que sucedería si los hombres que ahora se cruzaban en su camino sin mirarle siquiera le vieran tal cual era. Contando con el primitivismo de esos seres, pensó, lo más seguro sería que le hiciesen pedazos llevados de su insaciable afán de destruir.

De modo que se orientó en aquellas calles que desconocía, buscando el camino más corto para llegar donde dejara el coche robado a su llegada. Cuando supo la dirección que debía tomar apresuró el paso. La inquietud en su estructura crecía por instantes.

El hombre alto se miró las manos. Emitió un quejido y casi echó a correr…

* * *

Larry apartó las grandes hojas de los arbustos a manotazos. Vio algunas de las ramas que el desconocido atacante aplastara en su huida y comprendió que estaba demasiado lejos para poder darle alcance, de modo que abandonó la idea de perseguirle y volvió atrás, hacia la casa.

Estaba a mitad de camino cuando escuchó el alarido.

Se detuvo como herido por un rayo. Había sido un grito de mujer, y la voz era la de Carolyn sin ninguna duda.

Echó a correr, lleno de angustia. No se entretuvo a pensar en la razón de que la muchacha estuviese allí cuando él la había mandado a su casa…

Tal vez había decidido volver para asegurarse de que estaba bien, llevada por la pasión que sentía por él.

Desembocó en el claro a tiempo de ver a Carolyn huir como un rayo hacia donde había dejado el auto. Intentó llamarla, pero la muchacha ya había desaparecido de su vista.

Pero, ¿de qué huía?

Anduvo cautelosamente hacia la casa. Estaban sucediendo muchas cosas asombrosas a su alrededor. Incluso en esos momentos sentía una suerte de aturdimiento como nunca sintiera. Era una sensación chocante, cual si hubiera bebido más de la cuenta y empezara a flotar…

El enorme ventanal estaba abierto de par en par, como lo estuviera toda la noche. La blanca luna lo bañaba todo con una luz lechosa y clara.

Iba a entrar cuando se detuvo en seco sintiendo un leve escalofrío.

Había un cuerpo tendido en medio del ventanal.

El cuerpo de un hombre que llevaba solamente un ajustado pantalón de hilo…

Como él mismo.

De un salto estuvo al lado del cuerpo que yacía boca abajo. Le dio vuelta…

Larry retrocedió de un brinco, horrorizado, porque estaba contemplando su propia imagen.

Estaba contemplando su propio cadáver.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció inmóvil, sumido en el espanto, mirando aquellos despojos que eran él mismo.

Mirando el cadáver de Larry Shayne.

Después, su cerebro metódico y entrenado le proporcionó la calma suficiente para volver a inclinarse sobre el cuerpo y reconocerlo con

detalle.

No vio ninguna herida. Aparentemente estaba intacto, sólo que había muerto, como anunciara «La Voz».

Pero él estaba vivo.

Podía ver, pensar…

Se irguió poco a poco y por primera vez se miró a sí mismo.

Ahora no llevaba el pantalón del pijama de hilo, sino que estaba vestido por completo con un terno azul gris y un jersey de cuello alto, fino y delgado.

El jamás había tenido prendas semejantes.

Cerró los ojos y se dejó caer sentado sobre la alfombra, anonadado, desbordado por los acontecimientos.

Sus pensamientos giraban como un torbellino.

Y si podía pensar con tanta claridad no estaba muerto.

Sin embargo, allí estaba su cadáver.

De eso sí que no había dudas.

De modo que, de algún modo, aquella extraña voz había tenido razón después de todo.

Durante un tiempo había estado preparándolo, inculcándole de algún modo la idea de su inmediata muerte, como si hubiese querido que el golpe no le afectara excesivamente…

Más tarde, una eternidad más tarde, aunque sólo habían pasado unos minutos, se levantó y buscó los cigarrillos. Encendió uno. Tenía un sabor amargo… como si fuera el primer cigarrillo que fumaba en su vida.

—Bueno —mascullò en voz alta—. Ya lo conseguiste. ¿Y ahora qué es lo que va a pasar, seas quien seas?

La voz no replicó.

Larry se dirigió al amplio vestidor de su dormitorio, encendió la luz y se miró al enorme espejo que ocupaba toda una pared.

De nuevo, el espanto, el estupor, le paralizaron.

Porque el hombre que se reflejaba en el espejo no era él.

Ese individuo alto, de amplios hombros y cabeza sólida y orgullosa que aparecía en el espejo, sosteniendo un cigarrillo, era un perfecto desconocido.

El desconocido tenía una mandíbula sólida, voluntariosa, una boca firme y unos ojos que sí parecían los suyos, porque también eran intensamente azules. Pero todo lo demás era distinto, desde la

estructura ósea del firme cuerpo, hasta los cabellos, largos y negros, cuando los suyos eran más bien rojos…

Se pasó la mano por la cara, intentando comprender, emerger de esa estúpida pesadilla que le turbaba hasta extremos desconocidos.

Tampoco había visto nunca ese traje que llevaba. Un traje excelente y tan ligero que ni siquiera lo sentía sobre el cuerpo. Y el finísimo jersey resultaba tan desconocido para él como su propia imagen.

—¿Quién demonios eres, qué significa todo esto? —le espetó a la figura del espejo.

«*No pierdas la calma, Larry. Te lo revelaré todo en su momento. Ahora debemos ocuparnos de tu cuerpo.*»

—De modo que estás ahí… en alguna parte.

«*Te repito que no tienes nada que temer.*»

—¿A ti te lo parece?

Calló de repente. Esa tampoco era su voz. Él siempre había tenido una voz profunda, un tanto bronca. Y ahora había cambiado. Era una voz sonora, clara, como de barítono…

—Quiero saber qué está sucediendo conmigo —exclamó en voz alta —. Saber de quién es ese cuerpo tendido ahí abajo, o este que se refleja ahora en el espejo. Voy a volverme loco… ¡Maldito seas! Tengo derecho a saber.

«*Tranquilízate. No necesitas gritar para que yo te oiga. Sólo piensa. Yo estoy en tu pensamiento.*»

—¡Eso es absurdo!

«*Hay que llevar el cuerpo a este cuarto.*»

—Pero, ¿de veras es «mi cuerpo»?

«*Naturalmente.*»

—Muerto…

«*Sí.*»

Se sorprendió al notar que no sentía tanta desesperación como al principio. Y eso no dejaba de ser tan asombroso como todo lo demás.

De modo que descendió a la planta baja y tras una vacilación cargó con el cuerpo. Casi lanzó un grito al darse cuenta de que, en sus brazos, apenas pesaba más que el cuerpo de un niño de pocos años…

«*Llévalo arriba, a tu habitación. Es necesario que siga allí.*»

—¿Por qué?

No hubo respuesta esta vez, de modo que subió al dormitorio y depositó el cadáver en el lecho. Lo miró, asegurándose una vez más de

que era él mismo.

De eso no cabían dudas. Había contemplado aquella misma cara en el espejo cada mañana durante muchos años.

Estaba mirándolo aún cuando el cuerpo muerto sufrió una seca contracción. Inmediatamente, una suave fosforescencia verde lo envolvió de forma irreal, como una ligera neblina que se posara sobre la cama. Luego, la neblina se desvaneció y el cuerpo siguió allí, rígido.

—¿Qué…?

«*No te asustes.*»

—¡No estoy asustado! Ya no… Pero he visto moverse ese cuerpo…

«*No está vivo, de modo que olvídalo.*»

Giró sobre los pies mirando a su alrededor. Estaba completamente solo.

—¿Cómo puedo olvidarme de mi propio cuerpo? —casi chilló.

«*¿Qué es eso, Larry?*»

—¿Qué?

Entonces, él también lo oyó.

Era el zumbido de varios coches acercándose a la casa.

Corrió a la ventana. Desde allí vio el brillo de los faros de tres coches maniobrando abajo…

Sobre dos de los autos giraba una parpadeante luz azul.

—¡La policía! —dijo—. ¡Carolyn debe haberlos llamado!

«*¡Corre! No deben encontrarte aquí.*»

—¿Por qué no? No tengo nada que temer…

«*¿Quieres que te acusen de asesinato? Ellos no pueden comprender lo que sucede.*»

—¡Condenación, yo tampoco!

«*Tienes que salir de aquí. Lo malo será que se llevarán el cuerpo*.»

Sintió una fuerza incontenible que le impulsaba a huir. Se dejó llevar por el impulso y atravesó la casa hacia su fachada posterior y por allí salió al jardín, perdiéndose en las espesas sombras.

Caminaba reteniendo sus impulsos. De pronto pensó que podía correr mucho más veloz que nunca lo hiciera, sólo con que se lo propusiera. Sentíase tan ligero que sintió la tentación de comprobarlo…

Únicamente el temor a sentirse ridículo lo impidió.

De haberlo intentado se habría llevado otra sorpresa.

CAPÍTULO V

—¡Le juro que estaba aquí, tendido sobre la alfombra! —repitió Carolyn, dominando apenas su angustiado dolor.

Bill Corby cambió una mirada con el agente de primera Kaspar y masculló:

—Debía sentirse incómodo y ha decidido acostarse… ¿Qué bebió usted esta noche, señorita?

—Capitán, he comprobado su pulso. El corazón había dejado de latir… ¡Larry estaba muerto! Soy una experta, ¿sabe? Se supone que los médicos saben distinguir a un hombre vivo de otro muerto.

—¿Usted es médico?

—Especialista en cardiología. Trabajo en la Base Astronáutica.

—Está bien, siento haberle hablado de ese modo. Si usted no ha sufrido una alucinación, alguien se ha llevado el cadáver. Quizá el asesino. Aunque usted ha dicho que no mostraba herida alguna…

—En absoluto. Era… como si hubiera fallecido a causa de un fallo cardíaco, aunque eso es imposible.

—¿Por qué? Todos podemos reventar a causa del corazón en el momento menos pensado.

—No Larry. Él era uno de los mejores pilotos de astronaves… se sometía a reconocimientos periódicos y el último tuvo lugar hace apenas dos semanas. Yo misma comprobé el estado de su sistema circulatorio. Tenía un corazón perfectamente sano.

—Ya veo… Bien, daremos un vistazo por toda la casa… Usted, quédese aquí. No sabemos con qué podemos encontrarnos.

—Yo iré adonde vaya usted, capitán.

—¿Teme que me lleve las joyas de los antepasados? —rezongó Corby.

Dio unas órdenes a sus hombres, y él se lanzó escaleras arriba seguido de la muchacha y de Kaspar.

En el gran dormitorio se detuvieron en seco.

El cadáver sobre la cama no era ningún espejismo.

—Ahí lo tenemos —gruñó Kaspar.

—Pero, ¿cómo ha subido hasta aquí?

Carolyn se precipitó hacia el lecho.

Un ligero reconocimiento le bastó para comprender que Larry estaba muerto. No había sufrido ningún error en su primer encuentro con el cuerpo.

Se echó atrás, dominando las lágrimas y mirando el cuerpo del hombre que había adorado.

—Llama al forense, Kaspar —gruñó Corby—. Dile que envíe la ambulancia y los enfermeros.

—Usted no hará nada de eso, capitán —dijo Carolyn.

—¿Cómo qué no?

—Larry Shayne pertenecía a la Base Astronáutica. Será llevado allí para un examen absoluto.

—Ya entiendo… De todos modos, necesito un informe médico legal para presentar mi informe, de modo que haré venir a nuestro matasanos.

—Yo también soy médico.

—Ya lo dijo antes, pero prefiero el informe del forense.

—Está bien, pero no sacarán el cuerpo de aquí, capitán.

—De acuerdo. Llama al doctor, Kaspar.

El agente se acercó al audiovisor y pulsó los números.

Corby se acercó al muerto, cuyos ojos vidriosos, sin vida, parecían mirar algún punto inconcreto del techo.

Unos ojos intensamente azules.

De pronto recordó algo y se inclinó.

—Venga usted aquí, por favor…

Carolyn se acercó.

—¿Sí?

—Esos ojos…

—No quiero cerrárselos. Los científicos querrán examinarlos cuando le reconozcan.

—No me refiero a eso, sino a su color.

—Azules. ¿Eso le sorprende?

—Mire, es el décimo cadáver que encontramos en una semana, y que tiene los ojos endiabladamente azules. Lo único que faltaría ahora…

—Siga, ¿qué iba a decir?

—Nada, olvídelo.

No podía decirle a aquella hermosa doctora que él había visto envejecer un cadáver ante sus propias narices…

No obstante, durante todo el tiempo que el médico tardó en llegar, estuvo observando disimuladamente el cuerpo tendido en la cama.

Trataba de descubrir el estremecedor proceso de envejecimiento de la piel, las súbitas arrugas, la metamorfosis de un rostro joven en otro viejo…

No hubo nada de eso.

El doctor Devon hizo su trabajo rápidamente, con su profesionalidad acostumbrada.

—Aparentemente, un fallo cardíaco —gruñó—. ¿Alguien sabe si padecía alguna insuficiencia cardíaca?

—En absoluto —dijo Carolyn, despectivamente.

—Entonces, es imposible saber las causas de la muerte hasta que se le haya practicado la autopsia.

—En todo caso, no la hará usted, doc.

—¿Por qué no, Corby? Se supone que es mi trabajo.

—Ese individuo era un piloto de la Base Astronáutica. Van a llevarlo allí para que lo examinen sus propios matasanos.

—Eso es diferente, claro.

—Doctor… ¿Envió el informe respecto al que encontramos anoche en el canal?

—Seguro.

—Todavía no me lo han pasado… ¿Qué encontró usted, doc.?

—Para empezar, radiactividad, pero de una suerte tan compleja como increíble. Se han hecho cargo del cuerpo los científicos del Centro de Investigaciones Nucleares.

—Más claro, por favor. ¿Había estado en contacto con alguna clase de núcleo radiactivo?

—Ahí está lo más extraño. No había ninguna señal en su cuerpo. Pero de cualquier modo, ya le he dicho que era una clase de radiactividad desconocida por mí hasta ahora.

—Me gustaría que pudiera usted explicarme eso a mí. Pero de modo que mi pobre inteligencia de polizonte pudiera entenderlo, ¿sí? No

necesito que me dé usted un curso sobre energía atómica y sus radiaciones. Sólo, lisa y llanamente, cómo había muerto aquel desgraciado, y por qué su cuerpo estaba avejentándose ante nuestros ojos hasta convertirse en un anciano.

—Y cuando llegó al Depósito empezaba a descomponerse… apenas una hora y media después de su muerte.

—Bueno, ¿cómo puede explicarlo usted?

—No puedo. Atienda usted, Corby. Es sabido que las radiaciones nucleares que penetran en el cuerpo humano atacan a través de la sangre, la descomponen rápidamente. ¿No es así?

—Con ese lenguaje puedo comprenderle perfectamente, aunque quizá la doctora tenga algo que oponer.

Carolyn se encogió de hombros. El dolor por la muerte del hombre amado era demasiado profundo para que pudiera preocuparse por las discusiones de los demás.

—Bien —añadió el doctor Devon—. La sangre, dañada, descompuesta por las radiaciones, es lo que mata al paciente con más o menos rapidez. Aparecen incluso llagas purulentas que es imposible curar, no cicatrizan en absoluto. Bien, Corby, la clase de radiaciones que fulminaron al hombre que encontraron anoche, hicieron los mismos efectos, pero en lugar de actuar a través de la sangre lo hicieron a través de los tejidos.

—¡Demonios!

—Un proceso muy rápido, por supuesto. Los tejidos envejecieron de tal manera que era posible verlo a simple vista. Las células murieron a un ritmo increíble… En unos minutos aquel cuerpo sufrió el proceso de descomposición de toda una vida humana, y no se detuvo ahí, sino que prosiguió hasta mucho más allá de todo lo concebible.

—¿Recibió Norris algún daño, doctor?

—En absoluto. Y eso es otro de los factores que me desconciertan. Esas radiaciones no dañan a nadie más que al que las recibe directamente, a juzgar por las pruebas que hicimos. Su agente estaba perfectamente sano, como inmunizado contra la radiactividad.

—Me alegro por él.

Hizo una seña a Kaspar, que asintió y salió apresuradamente.

—Ese mismo proceso que acaba usted de describir, doctor, podría aplicarse al resto de cadáveres que hemos hallado durante la última semana. Nosotros pensábamos que estaban en estado de descomposición porque llevaban mucho tiempo ocultos, después de su muerte. Ahora,

podemos presumir que solamente llevaban muertos cuestión de horas.

—Ciertamente.

Kaspar regresó cargado con un pequeño aparato.

—Desde que usted me habló anoche de radiactividad, doctor, que voy preparado en todas mis salidas —explicó Corby.

Tomó el contador, giró un dial y se volvió hacia la cama, acercándose al cadáver.

El aparato pareció volverse loco. Emitió un agudo pitido, con tanta intensidad que dañaba los oídos.

El médico se quedó boquiabierto.

Carolyn dio un salto y se precipitó hacia la cama también.

El aparato, en manos del capitán Corby, lanzó un agudo chirrido y después se paró. Una ligera nubecita de humo surgió de él y eso fue todo.

—¡Se ha descompuesto, maldita sea!

—Corby, ese aparato ha captado tal cantidad de radiaciones, y de una clase tan condenadamente intensa, que se ha quemado. Es mejor que salgamos de aquí, porque esto no me gusta en absoluto. El cadáver de anoche no emitía ni una centésima parte que éste… y se deshizo ante nuestra vista.

Carolyn fue la última en salir, sin apenas poder apartar la mirada del cuerpo tendido en el lecho.

Sólo parecía dormido. Por un instante, tuvo la impresión de que Larry iba a levantarse y a estrecharla entre sus brazos con todas sus ansias, con todo su fuego contenido, un fuego que parecía desbordarse de sus ojos azules y llenos de ternura.

De esos mismos ojos que ahora parecían de cristal, vacíos y muertos.

CAPÍTULO VI

El hombre alto detuvo el coche una vez más, bajo la cúpula inmensa de los árboles milenarios. Ahora estaba seguro del lugar.

Se apeó para reconocer los alrededores. Vio el recodo donde había sorprendido al automovilista, donde lo había matado para apoderarse de su vehículo con el cual desplazarse por ese mundo atrasado y rudimentario.

El cuerpo debía estar completamente pulverizado a esas horas.

Volvió a poner el coche en movimiento y lo alejó un trecho, hasta hallar un desvío por el que lo introdujo, saltando entre la vegetación, con violentos rasguños contra los troncos.

Cuando volvió a detenerlo estaba al mismo borde de una laguna pantanosa. Saltó y empujó el pesado armatoste hasta que adquirió velocidad en la pendiente.

Finalmente, con un violento chapoteo, el coche hundió el morro en el agua cenagosa y en menos de un minuto hubo desaparecido en las profundidades de la ciénaga.

El hombre caminó entonces por el camino que había abierto con el vehículo, hasta llegar a la carretera, oscura y solitaria.

Se movía con una extraña agilidad ahora, seguro de que nadie podía verle. Era como si apenas rozara el suelo de vez en cuando, desplazándose con alguna suerte de magia alada.

Cuando volvió a internarse en la espesura estaba completamente satisfecho de sí mismo y de su éxito. Había cumplido la misión que le fuera encomendada y el Gran Poder no tendría queja alguna de él.

En caso de haberla tenido…

Se abrió paso por en medio de una vegetación pantanosa e impenetrable. Aquí y allá burbujeaba el agua del pantano, o sonaba el

ronco graznido de alguna que otra ave nocturna, o el deslizarse de un reptil.

Caminó durante más de una hora. Luego, al fin, llegó.

Pero se detuvo en seco, apresado por el temor.

Ante él, guarecidos bajo el alto follaje de los árboles gigantes, protegidos por el amasijo de lianas, había tres curiosos vehículos de pequeño tamaño.

Y sólo debían haber dos…

El suyo y el del traidor que había eliminado.

Alguien más había llegado.

Cada pequeña astronave era circular, con una leve cúpula en el centro, construida con un metal oscuro y prácticamente indestructible por las armas de los terrícolas.

Se aproximó a la suya. Una pequeña escotilla se abrió automáticamente ante su proximidad, mostrando una luz verdosa en el interior del aparato.

Cuando el hombre alto penetró en ella se miró las manos. Afortunadamente, había tenido tiempo de llegar a su refugio.

Ya no eran las manos de un hombre, sino que los dedos se habían alargado, huesudos, nudosos, semejantes a garras, y estaban cubiertos por una piel reseca semejante a pergamino viejo, de una tonalidad verde amarillenta.

Luego, al levantar la mirada, la vio.

Se quedó muy sorprendido de que hubiesen enviado a alguien semejante, cuando el trabajo ya estaba terminado.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó.

Ella se levantó de la confortable butaca de formas extrañas donde estuviera sentada.

—Hace mucho tiempo…

—¿Por qué te han enviado? Cada nave que desciende a este mundo es un riesgo más.

—Me ordenaron venir y vine.

—¿Quién eres?

—Anaia.

Hablaban con un sonido melodioso y suave, con voz apenas perceptible, cual si no precisaran del sonido para comprenderse.

—Veo que te sometieron a tratamiento… Yo estaba terminando mi provisión de *terramina*. ¿Trajiste tú?

—La suficiente.

—Ahora dime para qué has venido, y qué órdenes traes para mí. Supongo que puedo regresar.

—Vine a hacer tu trabajo, Otan.

Él se rio de un modo brusco.

—Lo que había que hacer está hecho, Anaia.

—No.

—¿Qué sabes tú? He matado al traidor esta misma noche.

—Mataste a otros y fallaste.

—Esta vez no. Vi el impacto. Era él.

—Lo mismo creíste de los demás seres que eliminaste.

—Esos fueron distintos. Aún no comprendo cómo consiguió engañarme. Debió transmitirles radiactividad suficiente para confundir a mi detector.

—Él ha sido demasiado inteligente para ti, Otan. Ahora, yo ocuparé tu puesto.

Él se estremeció. Comenzaba a dominarle el pánico.

—¡Te digo que el traidor ha muerto! Además, ¿qué podrías hacer tú que no sea capaz de realizar yo?

—Según nuestros estudios de los seres de este mundo, creo que obtendré mejores resultados. Y, sobre todo, más seguros. Has sembrado la ciudad de cadáveres en pocos días, Otan, y eso podría despertar la alarma de estas gentes. Sólo imaginarlo es terrible. ¿Crees que son tan estúpidos que no descubran la causa de esas muertes?

—Para entonces, nosotros estaremos lejos y no podrán siquiera imaginar que…

—Te equivocas. Yo voy a quedarme.

—¡Pero es inútil…!

Ella se irguió.

Era una mujer alta, cimbreante, de alucinante belleza. Su rostro era sencillamente perfecto, con la boca grande, carnosa, sensual. Sus ojos eran intensamente azules y sus largos cabellos negros como la noche.

Su cuerpo era de una fascinación tan increíble como su propio rostro. Lo cubría con una blusa casi transparente y unos pantalones ajustados y ligeros que moldeaban su soberbia silueta como una segunda piel.

—Aún no has comprendido que el traidor se vale de hombres de este planeta para ocultarse y ganar tiempo. A él tampoco debe quedarle

mucha provisión de *terramina*, así que debe darse prisa… Pero mientras tanto, Otan, utiliza a seres inferiores. Y yo le desenmascararé… porque antes habré vencido a esos hombres.

Él sacudió la cabeza.

Ya no tenía tampoco apariencia humana, sino que su cráneo era liso, cubierto con aquella piel apergaminada, y sus ojos estaban tremendamente hundidos en una cara afilada cuya boca no era más que un tajo púrpura, y que carecía de mentón.

Era una visión de pesadilla, con un aspecto casi momificado.

—¿Es que te niegas a creer que está muerto? —insistió.

Por toda respuesta, ella se volvió hacia el compacto tablero de mandos de la nave. Activó algunos hasta que una pequeña pantalla circular se iluminó con una fosforescencia verde.

En el centro de la pantalla, un punto rojo comenzó a latir, semejante al ritmo de un corazón.

—¿Aún insistes en que ha muerto? —le espetó ella.

Otan se quedó paralizado de estupor.

—Pero yo…

—Has fracasado una vez más. Y son demasiadas. Has estado a punto de sembrar una alarma prematura y ponemos en peligro a todos.

—¡Escucha…!

Ella levantó la mano. En ella sostenía un pequeño cilindro, semejante a una diminuta linterna eléctrica.

Otan se echó atrás aterrorizado.

—¡No puedes hacer eso conmigo! He sido fiel al Gran Poder…

Un chispazo verde surgió del arma. Apenas una centelleante línea de luz que dio de lleno en el pecho de Otan.

Este boqueó un instante, mientras parecía quedar envuelto en una llama verde. Luego, se desplomó y la llama se desvaneció en el aire.

La mujer fue hacia él absolutamente indiferente a lo que había hecho. Arrastró el cuerpo hasta la escotilla abierta y lo arrojó al exterior, dejándolo tirado sobre la vegetación. Se quedó mirándolo desde la escotilla con sus grandes ojos muy abiertos.

Y entonces se produjo el fenómeno. Aquel cuerpo hasta entonces sólido pareció desintegrarse en un minuto, deshacerse materialmente hasta desaparecer por completo. Incluso los matorrales que habían estado aplastados bajo su peso recobraron su erguida forma normal.

Sólo entonces, la mujer descendió de la nave, la escotilla se cerró y

ella echó a andar por el mismo camino que trajera el ahora desaparecido Otan.

En pocos instantes se hundió en la vegetación.

CAPÍTULO VII

Larry se inscribió en un hotel de la costa, casi vacío en esa época de bochorno húmedo y pegajoso.

Había adquirido una maleta y algunas ropas durante el día, dominado de modo absoluto por aquella «voz» que parecía estar en todas partes.

En los bolsillos del traje había dinero en una cantidad tal como él nunca había acostumbrado llevar encima, pero ése era el menor de cuantos misterios le envolvían.

Tan pronto se hubo encerrado en la habitación, y mientras tendía la mirada por el ventanal, abarcando la inmensidad del mar que reflejaba los últimos resplandores del sol, gruñó:

—Ya me has traído aquí, ¿qué he de hacer ahora?

Esperó, pero no hubo ninguna respuesta. Era como si «La Voz» le hubiese abandonado al fin.

Arrojó la chaqueta sobre una silla y tendiéndose sobre la cama intentó pensar con calma y sosiego en su situación actual.

Podía pensar con entera claridad, de eso no cabía duda.

Lo cual no dejaba de aturdirle en cierto modo, porque no cabe duda que los muertos están incapacitados para pensar.

¿O no?

Empezó a desesperarse a medida que pasaba el tiempo. En su nueva y sorprendente personalidad se sentía un extraño. Sólo le quedaban puntos de contacto afectivo con la mente. La mente seguía siendo suya…

Hizo la prueba, concentrando sus pensamientos en el próximo vuelo astronáutico, que debería emprender llevando el mando absoluto de la nave.

No hubo ninguna dificultad en ello. Pudo reflexionar con una lucidez asombrosa al respecto. Se quedó paralizado de estupor al darse cuenta de con cuánta claridad enfocaba ahora los problemas aún pendientes para el inicio del vuelo.

Jamás en toda su carrera había poseído semejante claridad de juicio, como si de golpe y porrazo, por alguna clase de milagro, su cerebro hubiera sido potenciado al ciento por ciento.

Fue tan inmenso su asombro, que levantándose de un brinco se plantó ante el espejo.

Allí estaba la imagen extraña de aquel desconocido. Sus ojos intensamente azules parecían mirarle a él desde el cristal. ¿Cómo era posible que en el cerebro de aquel ser misterioso se hubiera realizado semejante metamorfosis, que hubiera adquirido como por milagro una inteligencia tan superior a la suya propia, ya desarrollada hasta un grado superlativo?

Y mientras estaba mirándose, la voz sonó:

«*Se han llevado el cuerpo, Larry.*»

—¿Mi cuerpo?

«*Sí.*»

—¿Adonde?

«*A la base astronáutica. No conté con eso en ningún momento.*»

Repentinamente, Larry sintió una inmensa angustia.

—¡Dios santo! Lo harán pedazos… ¡Me harán pedazos!

«*Ahora no te comprendo.*»

—La autopsia, eso es lo que harán. Querrán estudiarlo… saber de qué he muerto. Ellos saben que yo era perfectamente sano, pasé un reconocimiento médico hace poco.

«*¿Autopsia?*»

Él se retorció las manos, desesperado. Sabía que aquel cuerpo ya no le pertenecía. Que como Larry Shayne había muerto. Sin embargo, poder pensar en él y en lo que iban a hacer con el cuerpo le ponía enfermo.

«*Comprendo. Y debemos evitarlo, Larry.*»

—¿Evitar qué?

«*Que destrocen el cuerpo.*»

—Si has conseguido que muera, ya poco puede importarte…

«*Me importa, Larry.*»

—¿Por qué?

«*Porque tú no estás muerto.*»

Casi se cayó de espaldas.

—¡Pero yo vi el cuerpo! Estaba muerto…

«*Aparentemente. Por lo menos, seguirás vivo si tenemos tu cuerpo a nuestro alcance cada ciclo.*»

—¿Cada qué?

«*Cada día vuestro.*»

—Voy a volverme loco… Quiero saberlo todo, ¿entiendes? Necesito saber por qué me elegiste a mí, seas quien seas. Por qué me mataron…

«*No pierdas la calma. Lo sabrás todo en su momento. Ahora debemos encontrar la manera de evitar el desastre.*»

—¿Cómo? Tú me metiste en eso. ¡Tú, maldito! Y ni siquiera sé quién eres, ni cómo logras dominarme, adivinarme el pensamiento…

Esperó una respuesta, pero ésta no llegó.

La noche se extendía ya sobre el mar, allá fuera. Un mar liso y oscuro como un mal presagio.

De pronto, de nuevo «oyó»:

«*Tú conoces el lugar adonde lo han llevado. Piensa cómo sacarlo de allí.*»

—Imposible. Hay una estrecha vigilancia en la Base. Además, uno no puede andar de un lado a otro cargado con un cadáver…

«*¿Estás dispuesto a renunciar a toda esperanza, a no volver a ser nunca más tú mismo?*»

—¡Por supuesto que no!

«*Entonces hay que conseguir el cuerpo.*»

—Jamás podremos burlar a los centinelas.

«*Los guardianes no nos estorbarán. Tú conoces las costumbres de vuestra… ¿Policía? Sí, eso es, policía. ¿Volverán a tu casa?*»

—No lo creo.

«*Entonces llevaremos el cuerpo a tu vivienda.*»

—Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa, pero quiero saber la razón de todo esto. ¡Quiero saberlo de una maldita vez!

«*No es el momento todavía. Aunque cuanto más tiempo estoy aquí, me doy cuenta de la inutilidad de mis esfuerzos.*»

—¿Quieres hablar claro?

«*Antes quiero ver más, comprender más. Vamos, no podemos perder tiempo.*»

—¿Adonde?

«*A la base astronáutica.*»

Larry estuvo tentado de darse de cabeza contra las paredes, tanta era su desesperación. No obstante, acabó enfundándose en la chaqueta y abandonó la habitación refunfuñando entre dientes.

No recordaba que en ninguna otra circunstancia de su vida hubiera sentido un furor tan intenso… y tan impotente al mismo tiempo.

* * *

Carolyn contempló el cuerpo extendido sobre la brillante mesa de acero. Toda la ternura de que era capaz se reflejó en sus ojos en aquellos instantes.

Junto a ella, el coronel médico de la Base murmuró:

—Lo lamento, doctor. Sé los sentimientos que la unían a Shayne, pero eso no debe detenernos.

—¿No podrían…?

—El comandante Shayne iba a emprender un arriesgado vuelo dentro de unas semanas. Once hombres más están preparados para ese viaje… y no podemos dejar que arriesguen sus vidas y el éxito del vuelo por razones sentimentales. Es preciso saber de qué ha muerto Shayne. Aparentemente, estaba perfectamente sano. Yo mismo intervine en su último reconocimiento. ¿Comprende lo que quiero decir, doctora?

—Sí, creo que sí…

—Todos los otros tripulantes sufrieron el mismo reconocimiento, y «aparentemente» estaban tan sanos como el comandante Shayne. Por eso es tan importante averiguar la causa de su muerte, para garantizar la vida de esos once hombres y de la expedición astronáutica.

—Lo sé, coronel.

El hombre suspiró.

—Realizaremos la autopsia mañana por la mañana, a primera hora.

—No cuente conmigo en eso por lo menos. No podría…

El coronel la miró enarcando una ceja.

Sonrió y dijo:

—De acuerdo, elegiré a otro cardiólogo. Pero no deja de sorprenderme que en nuestra época, una mujer cultivada como usted, inteligente, profundamente científica, sea capaz de semejante muestra de sentimentalismo.

Ella dirigió una mirada fugaz al cuerpo tendido bajo la sábana.

—A veces yo también me asombro —susurró—, pero es del terrible grado de deshumanización a que hemos llegado, coronel. ¿No se ha

preguntado usted alguna vez adonde nos encaminamos?

—A un progreso absoluto.

—Yo no lo creo así. No hemos podido vencer la contaminación, estamos destruyendo las últimas reservas ecológicas, el sesenta por ciento de la humanidad se alimenta por medios artificiales. No, coronel, yo no creo que esto sea un progreso absoluto. Y Larry… tampoco lo creía.

Se dirigió a la puerta para que el alto oficial médico no viera las lágrimas que asomaban a sus ojos. Seguramente también lo hubiera considerado un síntoma de debilidad y ridículo sentimentalismo.

Cuando el coronel abandonó la inmensa estancia aséptica y apagó las luces, en la oscuridad quedó inmensamente solo aquel cuerpo rígido, frío y abandonado, que a la mañana siguiente sería cercenado para bucear en sus entrañas en busca de las causas de su muerte…

CAPÍTULO VIII

Cargado con el cuerpo, cuyo peso de nuevo le sorprendía como ya le sucediera la primera vez que lo transportó en brazos, Larry se deslizó en la oscuridad, buscando las sombras de los inmensos pabellones de la Base Astronáutica que había sido parte de su propia vida.

Ante él, al doblar un recodo, apareció uno de los centinelas de aquel sector, armado con el fusil reglamentario de Rayos Gamma. Estaba rígido, igual que una estatua, con los ojos abiertos y vidriosos mirando sin ver.

Se detuvo un instante, mirándolo, con el temor de que aquella voz siniestra le hubiese mentido y ese hombre estuviera muerto.

«*¡Aprisa, aprisa!*»

—Si los has matado de algún modo…

«*Viven. Date prisa.*»

Corrió agazapado hacia la lejana salida fortificada de la base. Allí, los centinelas ocupaban igualmente sus puestos de vigilancia, pero como el anterior parecían rígidas estatuas de madera.

Una milla más al sur, entre las dunas, esperaba el auto que había comprado esa misma noche. Un alargado, bajo y rutilante modelo veloz y poderoso cuya carrocería recordaba en parte las estilizadas formas de sus propias naves interplanetarias.

Acababa de ponerlo en marcha y lo deslizaba hacia la carretera cuando notó una suerte de escalofrío. Fue tan intenso que detuvo la marcha, inquieto.

Dio una mirada al cuerpo tendido sobre el asiento posterior. Su propio cuerpo.

«*¡Sigue, sigue!*»

La voz, ahora, reflejaba urgencia.

—¿Por qué tantas prisas? No nos alcanzarán ya… ni siquiera sabrán cómo desapareció el cadáver… Tú mismo lo dijiste.

«*No se trata de eso.*»

—Entonces…

«*Lo sabrás cuando lleguemos.*»

Condujo velozmente por la bien controlada autopista que bordeaba la costa. Apenas se cruzaban con algún que otro vehículo debido a lo tardío de la hora.

De pronto, Larry gruñó:

—Ni siquiera sé cómo he de llamarte… ni quién eres. O «qué» eres…

«*Anor.*»

—¿Qué?

«*Mi nombre es Anor.*»

—¿Y quién eres?

«*Un ser más o menos como tú.*»

—No puedo creerlo.

«*Debes tener fe en mí, Larry.*»

—¡No puedo tener fe en un misterio semejante! Todo lo que sé de ti es que estás utilizándome, como un muñeco. Que lees mis pensamientos y…

«*Estoy en tus pensamientos, porque en cierto modo son mis pensamientos.*»

—Eso es absurdo.

No hubo respuesta, como ya no volvió a «oír» la extraña voz en todo el resto del camino hasta su propio domicilio.

La gran casa estaba oscura y silenciosa. Los jardines, una masa impenetrable de sombras, chispeaban aquí y allá con el vuelo de los insectos nocturnos. El aire susurraba entre el follaje, igual que una larga queja que no tuviera fin.

Larry cargó con el cuerpo, tan liviano como si fuera de paja, y lo subió a su propio dormitorio, allí, donde lo dejara la primera vez.

Tras depositarlo sobre el lecho, a oscuras, lo contempló unos instantes sobrecogidos por la sensación escalofriante de estar viendo su propio cadáver.

—Espero que no se les ocurra buscarlo aquí… —masculló entre dientes.

«*Apártate, Larry.*»

Retrocedió unos pasos.

Tal como ya viera también en una ocasión anterior, de súbito el cuerpo inerte sufrió una seca contracción, y una tenue neblina verde pareció envolverlo por espacio de unas décimas de segundo. Después, la neblina se desvaneció como si jamás hubiera existido.

—¿Qué significa eso, Anor?

«*Espero que resulte…*»

—¿A qué te refieres?

«*¡Calla!*»

—¿Qué diablos…?

«*No hables.*»

Apretó las quijadas. En realidad sintió tentaciones de ponerse a chillar.

Pero obedeció, y en el silencio absoluto que siguió intentó captar algún rumor extraño, algo que hubiera podido alarmar a aquel ser increíble que parecía estar en todas partes.

«*Está otra vez aquí. Creí que había podido engañarle…*»

—¿De qué estás hablando ahora?

«*Del enemigo… Ha descubierto que falló una vez más.*»

—¿Dónde está?

«*No lo sé. En alguna parte de esta ciudad.*»

—¿Y cómo puedes estar seguro?

«*Eso es complicado de explicar y ahora no hay tiempo. Abre ese cajón de la mesa…*»

—¿Por qué?

«*No preguntes. Ábrelo.*»

Lo hizo. Dentro había varias prendas de ropa y otros objetos personales.

Y algo más.

Algo que él no había visto nunca, y que por descontado no había colocado allí.

Era una pequeña esfera de algún extraño metal carente de reflejos. No era mayor que una nuez, con los polos achatados. Al tomarla en la mano advirtió que en cada una de esas partes aplanadas había algo parecido a una diminuta ventosa.

—¿Qué infiernos es eso, Anor?

«*Terramina.*»

—Eso suena a fármaco.

«*Escúchame bien, Larry. Quítate la camisa y aplica la ventosa azul sobre*

la piel de tu brazo.»

—¿Para qué? No voy a someterme a más experimentos sólo para darte gusto.

«*Es por tu bien. No te causará ningún daño.*»

Se quitó la camisa rezongando. Al presionar la ventosa contra la piel quedó tan adherida a ella como una sanguijuela, produciéndole una sensación de viscosidad.

—¿Y bien?

«*Presiona el otro extremo… El color rojo. Una presión dura…*»

Al hacerlo, sintió un leve golpe y una aguda sensación de frío en el brazo, frío que se le extendió de pronto por todo el cuerpo haciéndole tiritar intensamente.

«*Es suficiente, Larry.*»

—Eso es alguna clase de inyectable, ¿no es cierto?

«*Exacto. Penetra a través de los tejidos de tu cuerpo.*»

—¿Para qué has hecho que me pusiera esa droga, o lo que sea?

«*Para conservar tu apariencia.*»

No lo comprendió muy bien, pero empezaba a cansarse de estar sosteniendo aquel absurdo diálogo.

Se abrochó la camisa. Entonces, de nuevo «La Voz» habló:

«*Guarda la esfera en el bolsillo. Cerrarás la casa y daremos un largo paseo.*»

—*¿A* estas horas?

«*Para mí no existe el día ni la noche, y tampoco para ti ahora.*»

Sorprendido, se dio cuenta de que era cierto. No sentía ningún cansancio, ni sueño, a pesar de que era la segunda noche que no pegaba ojo.

O tal vez fuera porque su «propio cuerpo» estuviera dormido definitivamente.

«*Vamos al coche.*»

Condujo despacio siguiendo los impulsos que parecían nacer de modo espontáneo en su voluntad.

Pronto estuvo en la carretera que se internaba hacia los pantanos. Le hubiera gustado saber qué iban a buscar en aquella espesura, sombría y amenazadora.

«*Para aquí.*»

Detuvo el vehículo a un lado de la calzada y esperó.

«*En el compartimiento a tu izquierda, hay un visor. Tómalo.*»

—¿Un qué?

Metió la mano en el reducido espacio. Encontró una suerte de linterna eléctrica como jamás viera otra. Era pequeña, pesada, y en su parte superior había una diminuta protuberancia semejante a un diamante.

«*Sujétala horizontal… Presiona el pulsador.*»

Encontró el pulsador y apretó.

Instantáneamente, el diamante empezó a lanzar cortos destellos de una luz verde.

«*Muévelo en círculo.*»

Asombrado, obedeció también. Al enfocar la espesura los parpadeos de la luz verde se hicieron frenéticos y más brillantes.

«*No cabe duda, ha regresado a la ciudad…*»

—¿Quién?

«*El que disparó contra ti… No pude engañarle.*»

—¿Y cómo podías saber que había pasado por aquí, que hallarías el rastro en este laberinto?

En lugar de responderle, y tras un corto tiempo de silencio, la misteriosa voz sonó en su mente con acento contrito.

«*Tendrás que matar, Larry.*»

—*¡Qué!*

«*Todo ha salido mal. Creí que si lograba engañarte se marcharía para siempre. Matándolo sólo retrasaremos el fin, pero ahora es la única solución.*

—¡No voy a convertirme en un asesino sólo porque tú lo digas!

«*Cuando él muera enviarán a otro para darme caza. Pero ya habré tenido tiempo de hacer lo que me propuse. Regresemos a la ciudad, Larry.*»

—Tú das las cosas por hechas, pero yo no pienso matar a nadie sólo porque a ti se te antoje.

«*Tendrás que hacerlo.*»

Regresaron a la ciudad. Durante todo el trayecto, Larry no dejó de maldecir en todos los tonos al invisible Anor, pero toda su diatriba no obtuvo una sola respuesta.

Estacionó el coche a cierta distancia de su residencia y realizó el resto del camino a pie.

Recorrió el sendero entre los arbustos hasta la fachada delantera de la casa.

Allí se detuvo en seco, como herido por un rayo. En la ventana de su estudio había luz.

Alguien había penetrado en la casa…

CAPÍTULO IX

Amanecía.

Sobre la inmensa Base Astronáutica flotaba la primera luz del día y al mismo tiempo una terrible sensación de incertidumbre y alarma.

En la oficina del general Milland, alineados junto a una pared, rígidos, los centinelas de la noche esperaban, muy pálidos.

El general y varios oficiales consultaban los partes de novedades de las últimas horas, y el coronel jefe de los servicios médicos insistía una vez más:

—El cadáver quedó en la sala de disecciones cuando me retiré, a medianoche.

—Y ninguno de los centinelas ha advertido nada anormal. No hay una sola referencia en los partes sobre el menor incidente. Nada sospechoso. No obstante, el cadáver se ha esfumado. ¿Tiene usted alguna explicación lógica, coronel?

—Ninguna, señor.

—Si el comandante Shayne no hubiera estado realmente muerto…

—Estaba muerto, general. De eso no me cabe la menor duda.

—Entonces, hemos de presumir que alguien ha robado su cadáver.

—Ciertamente, eso es lo único que puede haber sucedido…

—¿Y puede decirme cómo infiernos lo han sacado del recinto de la Base? —rugió el general Milland—. Hay montado un servicio de vigilancia, con dispositivos electrónicos incapaces de ser burlados. ¿Cómo han podido sacarlo?

El general se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, señor. Pero permítame decirle que éste no es problema de los servicios médicos, sino de Seguridad…

El general emitió una especie de mugido. Despidió a los asustados

guardianes, que temían ser las víctimas propiciatorias al final de todo el embrollo.

Luego gruñó:

—Tengo a toda la gente disponible registrando la Base desde los cimientos… Excuso decirles que hasta tanto no se aclare este misterio, el vuelo programado quedará suspendido. Notificaré al presidente y a la comisión del Gobierno…, pero no arriesgaré las vidas de los otros tripulantes.

Dio unas órdenes a los oficiales y al quedar solo con el coronel masculló, desconcertado:

—Le confieso que me siento desbordado por estos acontecimientos, coronel.

—Podría decirle lo mismo respecto a mí y me quedaría corto…

—Desde los lejanos días de la primera estación espacial, en 1973, cuando era un simple teniente, no me había sentido tan desbordado. Entonces, porque estaba en los albores de mi primer vuelo. Ahora, porque toda la responsabilidad de esta Base pesa sobre mis hombros… y no sé cómo hacer honor a la confianza que depositaron en mí. ¿Dónde está mi efectividad, cuando el mejor de nuestros comandantes de vuelo muere estando aparentemente sano, y luego se volatiza el cadáver? Y en nuestras narices, en una parcela de terreno inexpugnable… la parcela de terreno mejor guardada de todo el país.

—Esperemos a tener más datos con que juzgar la situación, señor.

Milland sacudió la cabeza con desaliento.

Alguien llamó a la puerta, y un hombre vestido con un pesado traje blanco a prueba de radiaciones entró, sosteniendo su casco en la mano.

—Hemos efectuado la prueba en la mesa de la sala de disecciones, coronel.

—¿Y…?

—Negativo.

—¡Eso es imposible! Ese cadáver destrozó un contador *Geiger* debido a la intensidad de las radiaciones que desprendía. Sin ninguna duda, la mesa de acero debe conservar una gran parte de esa radiación.

—Ninguna en absoluto.

Atónito, el coronel se quedó unos instantes paralizado por la noticia. Después gruñó:

—Vamos, quiero comprobarlo por mí mismo

—Voy con usted —decidió el general Milland—. Tengo la impresión de que alguien está burlándose de todos nosotros.

Los tres hombres salieron de la oficina.

Por primera vez en su carrera, el general pensó que tal vez fuera ya hora de solicitar el retiro…

* * *

Larry atisbo por la ventana.

El estudio estaba desierto, pero las luces encendidas demostraban claramente que un intruso había andado revolviendo por aquella pieza.

Cuando entró en la casa lo hizo cautelosamente, dispuesto a repeler cualquier agresión.

Subió después al piso alto, donde comprobó que el cuerpo seguía tendido sobre el lecho tal como lo dejara.

Volvió a apagar la luz de la habitación y permaneció a oscuras unos instantes.

«*Utiliza el visor que llevas en el bolsillo, Larry».*

—Haría mejor las cosas si supiera a qué atenerme, Anor…

«Lo *sabrás cuando sea llegado el momento. Ahora haz lo que te he dicho.*»

Sacó el aparato semejante a una linterna eléctrica, pulsó el diminuto botón y el bulbo semejante a un diamante comenzó a lanzar destellos verdes a un ritmo endiablado.

«*Ha estado aquí, el maldito.*»

—¿En este cuarto?

«*En la casa. Si hubiera descubierto el cuerpo lo habría fulminado con toda seguridad.*»

—Entonces, ese individuo es el que ha revuelto mi estudio, dejando la luz encendida…

«*No la apagó porque debió salir precipitadamente. Tal vez oyó algún ruido, lo que le impidió registrar el resto de la casa y encontrar el cuerpo.*»

Larry descendió a la planta baja, apagó las luces del estudio y fue a cerrar la puerta.

En aquel instante, Carolyn apareció corriendo por el sendero. Él tuvo el tiempo justo de pegarse a la pared cuando ella entró precipitadamente.

Sintió una confusa mezcla de sensaciones al ver a la muchacha que seguía adorando a pesar de todo lo que estaba sucediendo. No obstante, consciente de su actual aspecto, no se atrevió a interceptarla.

La vio entrar en el estudio y dar de nuevo las luces. Instantes más

tarde, oyó cómo efectuaba una llamada y después le llegó su voz:

—¿Policía? Deseo hablar con el capitán Corby… El me conoce, mi nombre es Carolyn Alban.

De modo que llamaba a la policía… Larry se aproximó a la puerta que ella había dejado abierta y escuchó.

—¿Capitán Corby? Soy la doctora Alban… Gracias, capitán. Le llamo desde la casa de Larry Shayne… Sí, sí, estoy en la casa. He sorprendido a alguien registrándola cuando llegué… alguien que huyó cuando oyó el motor de mi auto.

Hubo una pausa. Ella debía escuchar al policía.

—No estoy muy segura. Sólo pude ver cómo huía entre la espesura, ¿comprende? Intenté seguirle, pero fue imposible debido a la oscuridad. De todos modos, tengo la impresión de que no era un hombre, capitán.

Larry enarcó las cejas, sorprendido.

La muchacha añadió:

—O se trataba de un hombre muy delgado, o era una mujer… No, claro que no estoy segura. ¿Va usted a venir? Muy bien, esperaré. No se preocupe, no tocaré nada.

Larry suspiró en la oscuridad. Una fuerza irresistible le impulsó a retroceder y subir las escaleras. Sin saber ni remotamente por qué, llegó a su propia habitación, donde reposaba «su cuerpo», y se encerró allí, sentándose en la oscuridad mientras su mente amenazaba convertirse en un caos.

Acudían a su mente horas vividas con Carolyn.

Horas que jamás volverían.

La ira le dominó al saberse juguete de un destino absurdo e implacable, de unas fuerzas colosales que estaban utilizándole sin que le fuera dado saber siquiera para qué…

CAPÍTULO X

El capitán Corby dejó escapar tal rugido que su experto en huellas casi se cayó de espaldas.

—¿Qué ha bebido usted esta noche? —bramó—. Si hay huellas deben estar aquí. Si no las hay es que el tipo llevaba guantes.

—Ni una cosa ni la otra, señor —insistió el joven experto.

—Usted ha perdido la razón, o quiere hacérmela perder a mí.

—Insisto en que hay huellas dactilares en todas partes, señor. Pero son lisas… sin crestas, sin curvas… Nada.

—Guantes de goma.

—Los guantes de goma no dejan la menor señal, capitán, ya lo sabe usted. En cambio, mire…

Empuñó el detector electrónico y lo enfocó sobre la lisa superficie de la mesa. Bajo el invisible rayo de luz negra surgieron las marcas inconfundibles de unos dedos. Eran simples manchas compactas, lisas como la misma superficie de cristal de la mesa.

Además, tenían una forma alargada y estrecha.

—¿Se convence ahora, señor? Esas son las huellas que pueden verse en toda la estancia, y las mismas que encontré en la puerta de entrada. Por otra parte, han sido impresas por dedos desnudos… Fíjese en esa ligera fluorescencia, que sólo se descubre cuando los rayos chocan con una impresión humana.

—¿Y qué clase de huellas son ésas, según su opinión?

—No me lo pregunte. Jamás había visto nada igual, por supuesto.

—Además, con esa forma…

Carolyn se inclinó sobre los dos hombres y también ella miró intrigada las marcas que el detector sacaba a la luz.

—No me parecen huellas de una mano humana, capitán…

—Puede tratarse de una mujer a juzgar por la forma estrecha y alargada. De cualquier modo, no me venga con que pertenecen a un animal.

—Tiene usted un sentido del humor nauseabundo, capitán Corby.

—Lo siento, no estoy en mi mejor momento precisamente. Bien, Bucher, saque fotografías de todas las huellas que descubra. Haré que las estudien los chicos listos del laboratorio.

Encendió un cigarrillo y se apartó en compañía de Carolyn. Su desconcierto le ponía de mal humor.

La muchacha murmuró:

—Quiero decirle algo, capitán, algo que hasta ahora nunca mencioné por temor a que se riera de mí.

—Adelante. Esta noche estoy dispuesto a escuchar cualquier cosa. Después de estas huellas ya no puedo sorprenderme por nada.

—Se trata de Larry… Larry Shayne. De unos días a esta parte estaba asediado por una continua pesadilla.

—No me diga.

—Simplemente, oía una voz… una voz que sólo resonaba en su cerebro. Y esa voz le había anunciado su muerte.

Corby se quedó boquiabierto. El cigarrillo se desprendió de sus labios y cayó sobre la alfombra. Con un gruñido, lo tomó de nuevo y luego se enfrentó con la joven.

—¿Quiere usted decir que él «sabía» que iba a morir?

—Exactamente.

—¡Maldita sea! Este es un asunto para un psiquiatra. ¿Cómo diablos podía saberlo?

—Porque esa voz que sólo él podía escuchar se lo había repetido una y otra vez.

—No lo creeré en mil años, doctora.

—Sin embargo, Larry murió.

—Seguro. Y cuando le hayan realizado la autopsia esas lumbreras de la Base Astronáutica sabremos las causas de la muerte. Con voces o sin voces, su amigo no mostraba la menor herida, ni un rasguño. Tampoco había trazas de veneno, de modo que sin duda murió por alguna causa perfectamente natural.

Ella sacudió la cabeza.

De pronto, el policía gruñó:

—¿Registró usted la casa después de poner en fuga al intruso?

—No. ¿Para qué si ese desconocido ya había huido?

—Sí, claro…

—¡Capitán!

La voz del experto le hizo dar un respingo. Estaba junto a la puerta de la casa, y allí se encaminó Corby, seguido de la doctora.

—¿Qué infiernos le ocurre ahora?

—Aquí hay otras, señor.

—¿Otras huellas?

—Seguro… pero tan lisas como las primeras.

—Entonces son las mismas. ¿A qué viene todo este alboroto?

—Ni por asomo, señor. Estas son de una mano normal… pero sin surcos papilares. Una mano de hombre sin duda… un hombre fuerte y desarrollado… Mire.

Corby miró, y hubo de dar la razón a su subordinado.

Ciertamente, las marcas de una mano estaban en la puerta tan claras como las de la mesa del estudio. Sólo que eran huellas lisas por completo, y del tamaño normal de los dedos de un hombre.

—Dos personas con las manos sin huellas dactilares ya pasa de broma, Bucher. Usted es el experto, ¿no? Debería ocurrírsele alguna explicación razonable.

—Sólo se me ocurre una, señor.

—Adelante, una es mejor que nada.

—Las manos de un cadáver, capitán.

—¿Qué?

—Las huellas no desaparecen en un tiempo después que un hombre ha muerto… sólo cuando la descomposición destruye los tejidos y la piel.

—¡Cierre el pico!

—Usted pidió mi opinión.

—¿Quiere usted decir seriamente que hay un cadáver dando vueltas, dejando sus huellas por todas partes? Bucher, voy a pedir que le examinen la azotea.

—Dos cadáveres, señor.

—¿Ahora dos?

—Hay huellas de dos tipos distintos de manos, recuérdelo.

—¡Váyase al infierno!

Carolyn susurró:

—Capitán… usted habló de cadáveres en descomposición… hombres

que habían encontrado durante toda la semana pasada…

—Cierto, pero puedo asegurarle que ninguno de ellos se ha levantado para dejar aquí su tarjeta de visita. Están… Bueno, para decirlo de la mejor manera posible, convertidos en cenizas.

—¿Y Larry?

Corby sintió que la cabeza le daba vueltas.

—No empiece usted también, doctora. La muerte de su amigo fue certificada sin la menor sombra de duda. Además, está en la Base…

—Ahora ya no estoy segura de nada. Voy a telefonear.

Se dirigió al estudio precipitadamente.

Corby se mesó los cabellos.

—Siento tentaciones de estrangular a alguien, palabra —rezongó de mal talante—. Y usted es quien está más cerca, Bucher, así que muévase y termine con su trabajo de una vez.

—Sí, señor.

Corby tenía la boca seca como esparto de tanto fumar esa noche. No obstante, encendió otro cigarrillo y expelió el humo como una caldera a presión.

No había llegado a la mitad del nuevo pitillo cuando Carolyn regresó.

Tenía la cara pálida y desencajada y una mirada alucinada en sus hermosos ojos.

Corby la miró, se quitó el cigarrillo de los labios y masculló:

—¿Y bien, ha visto un fantasma o qué, doctora?

—El cuerpo… ha desaparecido.

Corby se tambaleó.

—¿El cadáver de Larry Shayne?

—Sin dejar el menor rastro… en una Base guardada por hombres seleccionados, sistemas electrónicos, barreras inexpugnables… y nadie le vio.

El policía fue incapaz de articular una palabra.

—¿Comprende lo que le he dicho, capitán?

—Doctora, preferiría no comprenderlo. Acabaré por dar la razón a Bucher… o cazando moscas.

—No creo que éste sea el mejor momento para hacer chistes, capitán.

—¿Chistes? —Corby soltó un quejido y se llevó las manos a la cabeza—. Esto va a costarme el puesto. ¿Cómo puede esfumarse un

cadáver del lugar mejor guardado de toda la nación?

—¿Y cómo pueden aparecer estas extrañas huellas en esta casa, lo sabe usted?

—No, y si no fuera porque he de seguir trabajando de policía, le juro que preferiría no saberlo nunca.

Bucher se reunió con ellos al cabo de unos instantes.

—He terminado, señor.

—Muy bien, lleve todo el material al laboratorio y que se rompan los cascos. Adviértales que quiero resultados a primera hora de la mañana.

El experto le miró enarcando una ceja, intrigado. Luego, encogiéndose de hombros, salió apresuradamente.

—Y usted, doctora, ¿qué piensa hacer?

—No lo sé, capitán. Estoy tan desconcertada…

—¿A qué vino usted aquí? Eso aún no me lo ha contado.

Carolyn le dirigió una mirada fugaz, apurada.

—Temo que también le parezca ridículo… Pero vine llevada por la nostalgia… Por la angustia de haber perdido algo muy querido. ¿No le parece un sentimentalismo ridículo, capitán Corby?

El policía esbozó una sonrisa. Cuando habló, incluso su voz se hizo más suave.

—En absoluto, doctora. ¿Sabe usted? Muchas veces pienso que hemos llegado a un grado tan agudo de materialismo, de deshumanización, que me asusto. Tenemos una técnica perfecta, nuestras naves, tripuladas por hombres como el comandante Shayne, llegan ya a mundos considerados hace pocos años como inaccesibles. Sin embargo, no creo que todo esto haya contribuido en nada a mejorar nuestra vida. Por eso opino que su sentimentalismo es algo que debería estar mucho más extendido de lo que está.

—Gracias, capitán. Sus palabras hacen que me sienta mucho mejor.

—¿Nos vamos ahora, doctora? Ha amanecido ya… A menos, claro está, que usted desee quedarse aquí…

—Iré con usted. Sin Larry esta casa en la que tan feliz llegué a ser se me antoja una tumba.

Salieron y la muchacha cerró la puerta con su propia llave.

Apenas los motores de los coches se pusieron en marcha, Larry descendió las escaleras sobrecogido por cuanto había oído. Por las palabras de Carolyn, que revelaban el gran amor que había sentido por

él, y que aumentaban su propia angustia.

Pero también por otro motivo.

Escuchó hasta oír el zumbido de los motores perderse en la distancia. Entonces, entró en el estudio, cerró los pesados cortinajes y encendió la luz, a pesar de que la tenue claridad del día penetraba ya a través de los cristales.

Luego, se colocó bajo la luz y se miró los dedos.

Una incontenible sensación de pánico le invadió. Un pánico debido al incomprensible misterio en que cada vez estaba más hundido, pero también, y principalmente, porque sus dedos carecían de surcos papilares.

La piel de las yemas de los dedos era completamente lisa… Total y absolutamente lisa.

CAPÍTULO XI

Intentó que «La Voz» le aclarase el misterio. Hizo esfuerzos para concentrar su mente en esa dirección, pero no hubo respuesta alguna.

Era como si el ser misterioso le hubiera abandonado definitivamente.

De nuevo volvía a pensar con meridiana claridad, con una potencia mental increíble. Pero ni siquiera con esa absoluta luminosidad de ideas, podía adivinar la raíz de ese misterio en que se había visto sumergido, y que sin duda continuaría aprisionándole hasta la destrucción final.

Apagó la luz cuando el día alumbró con intensidad incluso a través de los cortinajes. El tiempo transcurría velozmente y Larry continuaba en el mismo estado de ánimo, desalentado, nervioso e impaciente.

Sin embargo, y a pesar de la angustia y de la zozobra, en el fondo latía un insaciable afán de saber. En cierto modo, y en su especialidad, Larry se consideraba un científico. Y el misterio que le había tocado vivir no dejaba de intrigarle hasta extremos que le permitían soportarlo todo con la esperanza de averiguar qué fuerzas ocultas, qué colosales poderes de la mente eran aquellos en cuyo torbellino había caído.

Si consiguiera averiguarlo estaba seguro que obtendría un ingente beneficio, en lo que ello significaría de adelanto en las ciencias de la mente.

Pero para conseguir eso necesitaba saber. Conocer qué poder era el que se había aposentado en su propio cerebro, cómo había logrado que un cuerpo muerto, despojado de la mente, pudiera seguir vivo contra todas las apariencias. Descubrir qué fuerzas regían ese nuevo universo en que se veía sumergido… y, por encima de todo, averiguar qué ocultos propósitos empujaban a ese ser misterioso que decía llamarse Anor.

Con la mente convertida en un torbellino, no advirtió el paso del tiempo. El sol estaba ya muy alto, inundando el jardín, cuando de pronto «La Voz» resonó una vez más en su cerebro.

«*Larry.*»

—Creí que me habías abandonado.

«*Todavía te necesito.*»

—Me gustaría saber de una vez para qué me necesitas.

«*En principio, para salvar a la gente de este planeta.*»

Estupefacto, no atinó a replicar una palabra.

—¿Quieres decir que tú no perteneces a nuestro mundo?

«*No, Larry.*»

—Bueno, yo he visitado otros mundos en mis largos vuelos astronáuticos, pero jamás encontré el menor signo de vida inteligente en ellos. Me cuesta creer que tú hayas llegado de algún planeta lejano…

«*Hace muchos años que nosotros estamos en condiciones de visitar la Tierra.*»

—¿Procedentes de dónde?

«*Es pronto aún para decirlo. Mi mundo se halla a miles de años luz del tuyo.*»

—Y sin embargo, has podido llegar… Apenas puedo creerlo.

«*Te lo demostraré muy pronto. Pero hay una tarea más importante y urgente que hacer.*»

—Está bien, esperaré.

«*¿Dispones de armas, Larry?*»

—¿Para qué demonios necesito armas?

«*Te dije que tendrías que matar y vas a hacerlo.*»

—Esta vez te equivocas. Si es cierto que puedes controlar mi mente, ya debes saber que no soy un asesino.

«*No será un asesinato, sino un acto de supervivencia. No sólo la mía y la tuya, sino la de todo el género humano de la Tierra.*»

—Cada vez lo complicas más. No estoy dispuesto a matar a nadie.

«*Si no lo haces, él nos matará a nosotros.*»

—¿Te refieres al que disparó contra mí desde el jardín, con esa especie de rayo verde?

«*Al mismo.*»

—Pero no me mató. Tú dijiste que yo seguía vivo… que mi cuerpo no estaba muerto.

«*Y seguirá estándolo mientras podamos seguir vivos nosotros. Y para*

seguir vivos, el enemigo debe morir.»

—¿Quieres decirme de una vez quién es ese enemigo, y por qué quiere matarme?

«*Quiere matarme a mí, pero hasta ahora ha fallado. Asesinó a varios hombres en una trágica confusión… que yo provoqué. Pero la próxima vez no se equivocará. Ya no puedo seguir esquivándole más tiempo, entre otras razones porque mi provisión de terramina es muy limitada.*»

—¿Te refieres a esa droga que me obligaste a inyectarme?

«*Sí. Ya apenas queda.*»

—¿Y cuando se termine…?

«*Para entonces, yo he de estar en situación de hacer lo que me propuse. Esa es la razón de que sea tan urgente acabar con esa amenaza.*»

—Nunca pensé que el tiempo fuera tan condenadamente valioso…

«*Normalmente, tu sentido del tiempo difiere considerablemente del mío. La vida en mi mundo y en el tuyo no tienen el mismo significado ni la misma duración.*»

—¿En qué sentido?

«*Por lo que sé, la vida de un ser humano de la Tierra se prolonga normalmente unos ochenta años.*»

—Por término medio.

«*En mi mundo, ese término medio son mil quinientos años. Por esta razón tu concepto del tiempo es distinto del mío, aunque en las actuales circunstancias me veo forzado a considerarlo más valioso incluso que tú.*»

—Pero ¿por qué, quieres decírmelo de una vez?

«*Pronto lo sabrás. Ahora, dime de qué armas dispones.*»

—Sólo de una pistola de rayos *Lasser*. Es un arma de la que sólo estamos equipados los tripulantes de las naves espaciales.

«*Descríbeme su poder.*»

—Espera…

Larry fue en busca de la poderosa pistola de rayos *Lasser*. Su tamaño correspondía aproximadamente con un antiguo revólver, pero difería en todo lo demás.

Estaba equipada con un generador oculto en la culata recta. Por encima del cañón llevaba un cilindro que a primera vista recordaba un visor telescópico, pero que en realidad era la cámara de conversión de la energía en rayo mortal.

—Un disparo a plena potencia es capaz de derribar la mitad de esta casa —rezongó, sosteniendo el arma en la mano.

«*Espero que sea lo bastante potente para matar al enemigo.*»

—Podría atravesar la coraza de un tanque. ¿Cómo no va a matar a un hombre? Suponiendo que ese individuo sea realmente un hombre…

«*¿Estás dispuesto a disparar contra él?*»

—Lo haré, si con ello obtengo un beneficio para la humanidad.

«*Muy bien, Larry. No te separes nunca del arma a partir de ahora.*»

—La tendré a mano. Y ahora quiero saber algo más, Anor, o dejaré de mostrarme sumiso a tus deseos…

«*No podrías dejar de cumplirlos si yo quisiera obligarte.*»

—Eso queda por ver. He descubierto que mis dedos carecen de surcos papilares… No tengo huellas dactilares. He oído a la policía. ¿Por qué?

«*Por una razón muy sencilla. Esos dedos son los míos en realidad. Aunque yo ignoraba ese detalle de los surcos en vuestra piel. Como tampoco creo que lo conozcan mis compatriotas.*»

—De nuevo la cabeza me da vueltas… Estás en mis pensamientos, y en cierto modo te apoderaste de mi cuerpo. Y ahora quieres hacerme creer que «yo estoy en tu propio cuerpo». Eso no lo creeré nunca.

«*Podrás convencerte antes de lo que piensas.*»

—¿Cómo?

«*Dentro de unas horas necesitas inyectarte de nuevo una dosis de terramina. Sólo con que retrases la inyección averiguarás buena parte de lo que deseas saber.*»

Él se estremeció.

—¿Qué ocurrirá entonces?

«*Lo verás por ti mismo, si estás dispuesto a hacer la prueba.*»

—Lo haré.

«*Bien, pero entretanto hemos de permanecer alerta, Larry. Si el enemigo nos sorprende estaremos perdidos, tú y yo.*»

—¿Hemos de esperarle aquí?

«*No veo otra manera más fácil. Sabe que falló en su anterior intento de matarme, o de matarte a ti, para que lo comprendas. De modo que con toda seguridad volverá.*»

Larry ocultó la pistola y se dispuso a esperar pacientemente. Pensó en «su cuerpo», que reposaba en el dormitorio, y para recobrar su propia vida y apariencia supo que estaba dispuesto a matar. Incluso se sorprendió al pensar en el hecho escueto de matar con semejante desapasionamiento, con esa calma estremecedora…

Casi deseándolo.

CAPÍTULO XII

El capitán Corby se quedó mirando las ampliaciones fotográficas de las huellas con el estupor retratado en su semblante.

Junto a él, los expertos del complejo laboratorio policíaco mantuvieron la boca cerrada durante todo el tiempo que él tardó en reaccionar.

—Así, que son huellas de una mano humana después de todo —gruñó al fin, con la cabeza dándole vueltas.

—Sin ninguna duda, capitán. De un hombre y una mujer. Sólo que ambos carecen de surcos papilares.

—Me niego a creerlo. Podría aceptar que hubiera un ser humano que por algún capricho de la naturaleza hubiera nacido con la piel de los dedos sin huellas, pero dos, no. Es imposible.

—Sin embargo, las huellas están ahí, Corby —replicó el doctor Skruda, dermatólogo del Departamento Legal.

—Alguien ha encontrado un truco para confundirnos, sin duda.

—¿Sustituyendo la piel de sus dedos? No diga tonterías.

—Bueno, son tonterías. Supongo que usted tiene una explicación más lógica que la mía.

—No tengo ninguna, por supuesto. Mire, Corby; con nuestros actuales métodos de investigación, podemos saber sin la menor sombra de duda si unas huellas han sido dejadas por la piel humana o por cualquier otra cosa. Ya sabe… goma, plástico, tejido, lo que sea. Es imposible confundir a un microscopio radioelectrónico. Entre otras razones, porque la piel humana deja siempre una leve huella de transpiración por muy secos que estén los dedos. Esa huella adquiere fluorescencia bajo los rayos *gamma*. Y en todas esas huellas que su experto nos facilitó surge la fluorescencia con claridad meridiana.

—De acuerdo, de acuerdo, soy sólo un pobre polizonte que ha trabajado duro desde que pateaba las calles en rondas nocturnas. Toda esa técnica es griego para mí, pues si usted asegura que son huellas de un ser humano, lo aceptaré. Pero lo que me gustaría que dijera usted es qué clase de ser humano las ha dejado. ¿Qué le parece, doctor, puede ilustrar a un pobre polizonte hasta ese extremo?

El doctor Skruda sonrió.

—Desde luego que no, Corby. Ojalá pudiera hacerlo —dijo.

Los dos hombres se encaminaron al despacho del doctor.

Una vez allí, Skruda sacó la caja de cigarros y ofreció uno al policía. Ambos encendieron y tras esto, el doctor dijo como al desgaire:

—Estoy pensando en algo curioso, capitán…

—¿De veras?

—Es una idea que me he planteado a veces…

—Oigámosla. Una idea es mejor que nada.

—No quiero decir que sea una idea concreta sobre este asunto de las huellas misteriosas, Corby.

—Entonces, ¿a qué se refiere?

—En realidad, es una contracción de otra idea general. Verá, a veces me he preguntado qué pensarán los habitantes de algún mundo remoto cuando reciban por primera vez la visita de una de nuestras naves espaciales. No sólo en el choque que significará para unos y otros su respectivo aspecto físico, sino sus reacciones psíquicas…

—Maldito si entiendo adonde quiere ir a parar, doctor.

—Eso se me ocurrió al ver las huellas… Si los tripulantes de una de nuestras naves dejasen sus huellas en un mundo cuyos habitantes careciesen de ellas, cuya piel fuera perfectamente lisa, y que desconociesen por tanto la existencia de los surcos, arcos y radios papilares, esos seres se volverían locos tratando de desentrañar el misterio de las referidas huellas. ¿No le parece?

Corby se quedó boquiabierto.

—¡Que me ahorquen! ¿Está diciéndome que esas huellas pueden pertenecer a algún habitante de otro mundo?

—No estoy diciéndole nada semejante.

—Es usted un maldito embrollón, doctor. No lo está diciendo, pero se ha dado mucha maña para introducir dicha idea en mi cabeza, como si no estuviera ya bastante confuso.

—¿De veras le he dado alguna idea? —sonrió el doctor con una

expresión de inocencia en su rostro de luna llena.

—Mire, no lo empeore con su sarcasmo. No puede creer en serio en esa teoría. Nuestras naves han llegado a todos los planetas de nuestro sistema solar. No hay habitantes en ninguno de ellos, y se me ocurre que en los mundos de otros sistemas solares tendrán sus dificultades para llegar hasta el nuestro. ¿Eh, doctor?

—No me lo pregunte a mí. Quizá los científicos de la Base Astronáutica tuvieran una explicación concreta al respecto.

—Esos sabiondos no se dignarían discutir su ciencia con un pobre policía…

—En serio, Corby, ¿no ha pensado usted alguna vez que pueden haber seres inteligentes que estén tratando de llegar a la Tierra, lo mismo que nosotros hacemos respecto a otros mundos del espacio?

—Lo he pensado, desde luego. Y algún día, supongo que lograremos establecer contacto con esos seres de alguna otra galaxia…

—Yo he pensado a veces que tal vez sean ellos quienes nos lleven la delantera. Pueden estar mucho más adelantados que nosotros científicamente…

Corby soltó una risita.

—Entonces, no llegarán nunca aquí.

—¿Por qué dice eso?

—Porque si avanzan en sus adelantos como estamos avanzando nosotros, en la Tierra, cuando crean que han llegado a la cúspide de su ciencia reventarán.

—Ahora es cuando no le comprendo.

—Yo no soy más que polizonte, ya se lo dije antes, pero no soy tan idiota que no me di cuenta de que caminamos hacia nuestra propia destrucción. Cada día que amanece, nuestra atmósfera está más contaminada. No queda ni el diez por ciento de los bosques y selvas que existían en 1970, pongamos por caso, cuando usted y yo éramos niños o no habíamos nacido. Nuestros alimentos son artificiales, adulterados, nauseabundos… Bueno, dentro de algunos años se acabó, ¿entiende?

Skruda se encogió de hombros.

—Lo malo es que está usted en lo cierto, aunque no creo que la cosa sea tan inmediata… ni tan fatal.

Corby arrancó una nube de humo a su cigarro, y antes de dirigirse a la puerta gruñó:

—De cualquier modo, si algún ser de otro mundo viniera a visitarnos, reventaría con sólo respirar nuestra maldita atmósfera.

Adiós, doctor, y siga usted soñando con sus visitas celestes…

—Y usted con sus huellas… sin huella.

Corby cerró la puerta con demasiada violencia, caminó por el inmenso laberinto de pasillos y casi se extravió en ellos, sumido en sus preocupaciones.

Cuando llegó a su propia oficina se derrumbó en el sillón acolchado y echándose atrás siguió pensando en la conversación sostenida con el doctor Skruda.

Apenas sin que su voluntad interviniera para nada en su decisión, pulsó el audiovisor y comunicó con la cifra correspondiente a Carolyn Alban.

La voz de la muchacha resonó suavemente en la oficina, pero el visor permaneció oscuro. Ella debía mantenerlo desconectado.

—Doctora Alban. ¿Quién habla?

—Corby, doctora.

—Oh, está bien, capitán.

Hubo unas oscilaciones en el visor y la imagen de la muchacha surgió con nítidos colores. Estaba en una estancia clara, bordeada con estanterías repletas de volúmenes, una pequeña pantalla cinematográfica y muebles funcionales esparcidos como al descuido.

Corby examinó todo ello de un vistazo y dijo:

—Celebro verla, doctora.

—Y yo a usted. No parece muy satisfecho precisamente, a juzgar por su expresión.

Él hizo una mueca a la cámara invisible que estaba llevando su imagen a la doctora Alban.

—No lo estoy —confesó—. Estaba preguntándome si tendría usted inconveniente en recibirme, doctora.

—Por supuesto que no. ¿De qué se trata, capitán?

—Sinceramente, sólo de una pequeña charla. Nada profesional por mi parte, si eso ha de tranquilizarla.

—Le esperaré, pero antes dígame si tiene alguna noticia sobre lo sucedido con Larry…

—Ninguna. Y en cuanto a las huellas «levantadas» en casa del comandante Shayne, sigo estando tan a oscuras como al principio.

La vio contener una mueca de amargura, de modo que se apresuró a desconectar el aparato y emprender el camino fuera del gigantesco edificio que centralizaba los servicios policíacos y legales de la ciudad.

El apartamento de la doctora Alban estaba ubicado en la cúspide de un colosal edificio blanco que se erguía, orgulloso, sobre la luminosa bahía. Cuando Corby salió del vertiginoso elevador, y mientras esperaba que ella le franqueara la entrada, sus piernas aprovecharon para recobrar la firmeza después del centelleante recorrido hasta allí arriba.

—Pase, capitán —murmuró Carolyn al abrir la puerta.

El comprobó personalmente el exquisito gusto con que había sido decorada la residencia de la doctora. Era uno de esos lugares en que uno se encuentra relajado, a gusto, más cómodo incluso que en su propia casa.

—¿Desea beber algo, capitán?

—No, gracias. Tengo el estómago estropeado y sus colegas me prohibieron la bebida hace mucho tiempo.

—Bueno, póngase cómodo… pienso que en la terraza estaremos más confortables. En estas alturas aún puede uno respirar un aire no demasiado nauseabundo…

El policía contempló el impresionante panorama de la bahía, con el sol arrancando chispas de oro a las quietas aguas azules.

—Cuando me llamó pensé que tendría usted alguna noticia para mí, capitán Corby…

El policía sacudió la cabeza.

—Ojalá tuviera algo concreto sobre este endemoniado caso, pero lo cierto es que estoy peor que al principio, en parte debido a esas absurdas huellas que encontramos en casa del comandante Shayne.

—¿No ha habido progresos en esa dirección tampoco?

—Ninguno. Lo cierto es que cada vez estoy más confuso. Lo único que me faltaba era escuchar las delirantes teorías de cierto colega suyo, doctora. Se llama Skruda y es dermatólogo en nuestros departamentos técnicos.

—Conozco al doctor Skruda. ¿Qué fue lo que le dijo, que causara esa confusión en usted?

—Realmente, no es una confusión por lo que él dijo, sino por lo que dejó entrever… Por eso he querido hablar con usted, doctora.

—Bien…

—Tengo la esperanza de que me consiga usted una entrevista con los principales científicos de la Base Astronáutica, donde usted misma trabaja.

Ella enarcó las cejas, intrigada.

—¿Para qué? No es fácil llegar hasta los altos cargos de la Base,

capitán. Viven prácticamente aislados, usted lo sabe.

—Por eso he buscado su ascendiente. Se trata de esas huellas y de otras ideas. Ideas de Skruda en realidad.

—Si yo puedo ayudarle…

—Tal vez. Y no me andaré con rodeos. ¿Usted cree en la existencia de seres extraterrestres, doctora?

La hermosa muchacha sonrió.

—Desde luego que sí, aunque no en nuestro sistema solar.

—¿Seres inteligentes?

—Y quizá mucho más desarrollados que nosotros, ciertamente. Pero no comprendo adonde quiere ir a parar.

—Se lo diré… El doctor Skruda ha hecho juegos malabares con las palabras sólo para meter una idea en mi cabeza. La de que esas huellas misteriosas que hemos encontrado pertenecen a seres de otro planeta, de otro mundo…

Corby esperaba que ella se burlara de semejante teoría. Tal vez se echase a reír, y saliera con alguna aguda y chistosa ocurrencia.

En lugar de eso, Carolyn murmuró:

—Sería la primera evidencia concreta de que han tomado contacto con nosotros.

Estupefacto, Corby balbuceó:

—De modo que no desdeña usted la hipótesis…

—En absoluto. Hace muchos años que tenemos pruebas de la proximidad de sus naves. O por lo menos, de ingenios que llegan hasta nuestra atmósfera. Pero hasta ahora jamás habíamos logrado ninguna evidencia de que esas naves estuvieran tripuladas, y menos aún de que seres inteligentes hubiesen descendido sobre nuestro mundo.

—Así que la cosa es posible…

—¿Por qué no? Lo que no puedo comprender es la relación de Larry, del comandante Shayne quiero decir, con esos hipotéticos seres.

—Él era un excelente piloto de astronaves, según creo.

—Uno de los mejores, ciertamente.

—¿No podría haber ahí una relación?

—Desde luego que no. De existir algunos seres extraterrestres forzosamente han de proceder de mundos remotos… de otro sistema solar. Y los vuelos de Larry Shayne se limitaron siempre a planetas de nuestra galaxia.

—¿Nunca le habló de alguna experiencia al respecto?

—En absoluto.

—Pero usted, personalmente, cree que pueden haber llegado visitantes de otro mundo a la Tierra. ¿No es cierto?

—No sé si han llegado o no, pero creo que pueden llegar en cuanto se lo propongan. O ellos, o sus naves. Desde hace muchísimos años, ingenios de una perfección asombrosa a juzgar por sus cualidades están penetrando en la atmósfera terrestre. Se les ha llamado de muchas maneras… desde *Platillos Volantes*, a *Objetos Volantes No Identificados*; se los ha perseguido sin resultado porque su velocidad y capacidad de maniobra son superiores a todo lo conocido por nosotros. Se les ha fotografiado… Incluso hubo épocas en que las gentes afirmaban haber visto seres monstruosos descender de esos artefactos. Sólo que no es necesario que esos seres sean precisamente monstruosos. Yo creo que en cierto modo no se diferencian mucho de nosotros, si exceptuamos sus características fisiológicas, de densidad o peso, subordinadas en realidad a las condiciones de su propio mundo.

—Ya veo…

De pronto, Carolyn se enderezó ante una súbita idea.

—Si fuera cierto… y teniendo en cuenta que las huellas se encontraron en casa de Larry…

—Siga. ¿Qué iba a decir?

—Estuve en contacto con la Base, capitán. No han hallado el menor rastro del cuerpo de Larry… Entonces, ¿por qué no suponer que esos seres extraterrestres sean los responsables de la desaparición del cadáver?

—Eso me parece absurdo. ¿Por qué habrían de llevarse un cadáver precisamente?

—¿Y por qué habrían de registrar la casa que perteneció justamente a ese cadáver?

—No lo sé. Claro que en realidad no sabemos que haya nadie de otros mundos en éste. Bueno, pensándolo bien —añadió con una sonrisa de resignación—, no sabemos nada de nada sobre este condenado caso.

—Pero hemos de partir de alguna base, aunque sea remota, para intentar comprender el misterio, capitán.

—¿Y…?

—¿Cómo llegaron esos visitantes, si es que llegaron algunos?

—Esa es una buena pregunta.

—Piénselo… Actualmente, el mundo entero es una red de escucha. Hay incontables satélites vigilando en la atmósfera, redes de radar

electrónico. ¿Cómo puede una nave atravesar todas esas barreras sin ser detectada?

—No puede.

—Sí puede… Todo lo que necesita es un sistema para neutralizarlas. Y eso nos lleva a otro punto, capitán.

—Adelante. Aunque se me ocurre que debería usted sostener esta conversación con alguno de sus colegas especializados de la Base…

—Esta es una charla informal. Supongamos que están capacitados para eludir nuestras barreras de escucha. Les queda el problema del aterrizaje, teniendo en cuenta que necesitan ocultar su nave en alguna parte una vez en tierra. ¿Dónde podrían camuflarla en un país que apenas queda una milla cuadrada de tierra virgen, sin viviendas o sin instalaciones industriales?

Corby enarcó las cejas, perplejo.

—Ha dado usted en el clavo, doctora. Debería ocupar usted mi puesto, o el de quien sea que tiene la responsabilidad de velar por la seguridad de nuestro mundo.

Ella sonrió y tendió la mirada hacia la inmensidad del mar.

—Ahí tiene una posibilidad. El fondo del mar, capitán.

—Muy difícil, ¿no cree? A menos que esos extraños seres sin huellas sean anfibios.

—Entonces, y considerando que actualmente no quedan apenas bosques dignos de tal nombre, sólo restan los pantanos.

Corby se quedó boquiabierto, mirándola como si de pronto hubiera visto la luz en algún complicado problema.

—¡Los pantanos! —mascullό—. Naturalmente… ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes?

—Recuerde que estamos hablando en abstracto. No son más que hipótesis, capitán.

—¡Que me condene si no…!

Se levantó, nervioso y excitado.

—Pensaré en ello, palabra.

Carolyn le imitó. Como si hablara consigo misma murmuró:

—Larry poseía una completa bibliografía sobre los fenómenos de los OVNI. Había recopilado cuanto se publicó hasta ahora al respecto, desde los lejanos años sesenta.

—Eso podría ser interesante. Usted posee la llave de la residencia del comandante, doctora. ¿Le importaría que yo diera un vistazo sobre

toda esa documentación?

—Iré con usted, si no tiene inconveniente. Ha conseguido despertar mi interés, capitán.

—¡Espléndido! Usted será de una gran ayuda, puesto que en estos temas soy un completo profano.

—Espéreme, capitán. Estaré con usted en un minuto.

Por alguna extraña razón que no se entretuvo en analizar, Corby se sentía sobreexcitado ante la perspectiva de que podía realizar un asombroso descubrimiento…

No podía imaginar que quizá fuera tan asombroso que no pudiera creerlo ni siquiera él mismo.

CAPÍTULO XIII

Después de dos horas de concentración en las obras dedicadas al estudio de los fenómenos extraterrestres, algunas de las cuales eran viejos libracos que fueran editados por los años 60, Corby sentía como si la cabeza le fuera a estallar.

Carolyn, encendiendo un largo cigarrillo, murmuró:

—¿Encuentra algo que pueda ayudarle, capitán?

—No lo sé. Aquí hay testimonios evidentes de la presencia de naves exploratorias en nuestra atmósfera, pero nunca se pudo entrar en contacto con esos ingenios…

—Larry creía firmemente que algunas de ellas estaban tripuladas por seres muy superiores a nosotros —comentó la muchacha—. Y le aseguro que él sabía de qué hablaba.

—Lo más interesante que he encontrado hasta ahora, son las teorías relativas al aspecto de los problemáticos seres que manejan esas naves. Basándose en su velocidad de locura, en sus bruscos cambios de rumbo, han de poseer una fortaleza física y una mentalidad increíbles…

La luz de la tarde penetraba en la biblioteca tamizada por los cortinajes.

Carolyn apagó bruscamente el cigarrillo y se reunió con el policía, junto a la mesa.

—Capitán…

—¿Sí, doctora?

—¿No nota usted una sensación extraña?

—Nada en absoluto. ¿Qué le pasa?

—Quisiera saberlo…

Inesperadamente, en alguna parte de la gran casa se oyó un leve golpe, como el de un objeto al caer.

Corby se levantó de un brinco. Instintivamente, su mano desapareció bajo la chaqueta, acariciando la culata de su arma.

—¿Oyó eso? —murmuró.

—Desde luego.

—Hay alguien en la casa.

—Quizá el intruso que yo sorprendí anoche…

Corby sintió un escalofrío.

—¡Maldita sea! Si eso fuera cierto aclararíamos el misterio de los dedos sin huellas… No se mueva de aquí, daré un vistazo.

—Si espera que me quede aquí sola, sin armas, olvídelo. Iré con usted.

—De acuerdo, pero si quien sea que se ha introducido aquí está armado, procure no interferir en mi línea de tiro. ¿Comprende?

Ella asintió y ambos salieron del estudio, deteniéndose un instante en el vestíbulo.

—Creo que el ruido sonó arriba —masculló Corby, mirando las escaleras con cierta aprensión.

Empezó a subir, llevando en la mano la potente pistola de reglamento. Por una inquietante asociación de ideas, pensaba en cómo debería reaccionar si de repente se encontrara enfrentado a un ser de otro mundo, tal vez de apariencia monstruosa…

El amplio pasillo de la planta superior estaba desierto, iluminado por la luz que atravesaba el techo traslúcido.

Una tras otra comenzaron a inspeccionar las estancias que se abrían a ambos lados.

Frente a la puerta del dormitorio, Carolyn titubeó un instante. Allí era donde viera por última vez el cadáver del hombre que adoraba.

Luego, Corby empujó la puerta y entró. Ella le siguió.

No dieron más de dos pasos, por cuanto el policía se detuvo en seco, ahogando una exclamación de estupor y la muchacha tropezó contra él.

—¿Qué ocurre, capitán?

Él se apartó.

—Mire… y dígame si ve lo mismo que yo.

Su dedo rígido señalaba el cuerpo tendido en el lecho.

El cuerpo de Larry Shayne.

Carolyn no pudo contener un grito, pero no fue de espanto, sino de inmenso alivio. Se precipitó hacia la cama y su profunda mirada se clavó en el rostro inerte y rígido del cuerpo.

Continuaba con los ojos abiertos, aquellos ojos azules que tantas veces se llenaran de su imagen…

Corby balbuceó:

—¿Cómo diablos ha venido a parar aquí?

—No ha sufrido el menor cambio, capitán, ¿se da cuenta?

—Bueno, no ha pasado mucho tiempo desde su muerte.

—Y los ojos…

—Tranquilícese. Alguien lo trajo, aunque maldito si puedo imaginar para qué…

Corby enfundó la pistola y giró la mirada por toda la habitación.

Aparentemente, todo estaba en orden.

Excepto un detalle.

El cenicero caído en la alfombra, al pie de la mesita.

Se inclinó cautelosamente, como si temiera que el cenicero de cristal pudiera morderle.

—¿Cómo ha podido caerse él solo? —masculló—. Y mire eso…

Carolyn miró. Había tres puntas de cigarrillo esparcidas por la alfombra.

Ambos comenzaron a sentir un estremecedor cosquilleo de pánico. El pánico producido por algo qué escapaba a su comprensión.

—No había colillas aquí la última vez que estuvimos en esta habitación —rezongó Colby—. Lo recuerdo perfectamente. Además, existen las fotografías de nuestros expertos y ese cenicero se distingue perfectamente en ellas… y está limpio. ¿Quiere descorrer las cortinas, por favor?

Carolyn obedeció. Pulsó el botón del mecanismo automático y los cortinajes se deslizaron hasta desaparecer en un extremo.

Más allá de los cortinajes había una terraza bordeada de plantas tropicales.

Y un hombre.

Un hombre alto, recio, que la miraba con una intensidad casi hipnótica.

La muchacha dejó escapar un grito agudo que hizo dar un salto al capitán Corby.

El hombre avanzó y levantó su mano. En ella había una peligrosa pistola que apuntó al policía.

—Por favor, capitán —dijo—, no pierda la serenidad.

—¿Quién demonios es usted? —barbotó Corby, que no pudo

contener un suspiro de alivio al darse cuenta de que, por lo menos aquel individuo, no era ningún fenómeno de otro mundo.

—No pregunte… sólo manténgase tranquilo. No deseo hacer daño a nadie, créame.

Carolyn, que había retrocedido hasta donde estaba Corby, susurró:

—Es la pistola de Larry… su pistola de rayos *Lasser*…

El policía sintió un escalofrío.

—¿Sabe usted quién soy? —masculló.

—Capitán Corby… Sí, ciertamente sé quién es usted.

Pero no estaba mirándole a él, sino a Carolyn. Y sus ojos azules tenían una profunda expresión de ternura.

Ella sintió un extraño frío en todas las fibras de su cuerpo. Aquellos ojos…

El hombre penetró en el dormitorio. Su voz clara y sonora no se había alterado lo más mínimo.

—Tenía la esperanza de pasar desapercibido, pero mi torpeza al derribar el cenicero lo estropeó todo —explicó con su fría calma—. Ahora todo será más difícil.

Corby tragó saliva con dificultad. Señaló el cuerpo tendido sobre la cama y masculló:

—¿Fue usted quien lo trajo aquí?

—Sí.

—¿Robó el cadáver de la Base Astronáutica?

—Ciertamente.

Corby sacudió la cabeza. Estaba aturdido.

—¿Por qué hizo usted eso?

—Es muy complejo para explicarlo ahora.

El hombre parecía de pronto como si titubeara, cual si no supiera realmente qué debía hacer o decir.

Y realmente titubeaba, porque Larry hacía desesperados esfuerzos para oír «La Voz», esperando que pudiera solucionar el problema que la presencia del policía y de Carolyn significaba.

Por otra parte, todo el amor que había sentido por ella estallaba en sus ojos amenazando con delatarlo…

Y entonces «La Voz» surgió, apremiante:

«*¿Crees que podrás hacer que se vayan de aquí, Larry?*»

—No…

Ellos le miraron, asombrados.

«*Else acerca, Larry.*»

Sacudió la cabeza.

—¿Qué puede hacer? —balbuceó.

Corby gruñó:

—Por lo pronto, soltar esa arma. Si causa algún daño a cualquiera de nosotros dos, toda la policía del país le dará caza.

El ni siquiera le miró. Notaba una inmensa sensación de vacío, se daba cuenta de que estaba perdiendo la voluntad de razonar.

«Sí *el enemigo los encuentra aquí, tendrá que matarlos también…*»

—¡Tienes que hacer algo!

«*Estoy haciéndolo. Relájate…*»

No hubo ningún cambio en la actitud de Corby y la muchacha, pero Larry comprendió que de pronto estaban rígidos, paralizados por el mismo incomprensible proceso que los centinelas de la Base Astronáutica, durante la noche que sacó el cuerpo de allí.

—¿Qué has hecho con ellos, Anor? —balbuceó.

«No *sufren ningún daño.*»

—Pero si ese enemigo de que hablas los ve…

«*La única esperanza es interceptarlo antes que llegue aquí arriba.*»

Larry dio una última mirada a Carolyn, adorable a pesar de su rigidez, y luego salió de la estancia descendiendo a la planta baja.

La puerta estaba cerrada, pero el ventanal del estudio que comunicaba con el jardín permanecía abierto de par en par.

Dio un vistazo al exterior. La excitación que se adueñaba de él creía por instantes. Se daba perfecta cuenta de que era algo ajeno por completo a su voluntad, una fuerza enervante que atirantaba sus nervios hasta un punto casi doloroso.

«*Esta cerca. No te descuides ahora, Larry.*»

—Siento deseos de gritar —jadeó.

«*Se cómo te sientes. Es tu mente lo que apenas resiste la radiación, y eso delata la proximidad del enemigo.*»

—Le reconoceré en cuanto le vea, Anor. Es un hombre alto, de rostro afilado…

«*Dispara en cuanto lo veas o no tendrás tiempo de hacerlo.*»

—Necesito estar seguro de que se trata del mismo hombre. No puedo matar al primero que aparezca en el jardín sin más ni más… De todos modos recuerdo bien el tipo que disparó aquel rayo la otra vez.

«*No creo que haya cambiado de aspecto. Su provisión de terramina debe*

ser también limitada. Cuando aparezca, mátalo, Larry.»

Esperó con una tensión como no había experimentado jamás, ni siquiera en las décimas de segundo que precedían al lanzamiento de una nave, cuando todas las fuerzas del mundo parecían aplastarle a uno obligándole a contener el aliento, a desear que todo estallase para huir de esos instantes alucinantes de increíble incertidumbre.

Entonces, la grava del exterior chirrió bajo unos pies, las grandes hojas verdes de un arbusto del recodo se agitaron y apareció la mujer.

CAPÍTULO XIV

Larry sintió de pronto que su boca se secaba, que la sangre y las sientes le ardían bajo el impacto de aquella mujer de belleza alucinante.

Era tan hermosa que sus pupilas apenas podían abarcar toda la fascinación que parecía desprenderse de su imagen perfecta.

Sus ojos eran rasgados, grandes y de un color azul intenso. El rostro, de óvalo perfecto, y la boca grande y sugestiva.

Una blusa transparente se hinchaba sobre el busto agresivo, y luego se ceñía en la brevísima cintura para desaparecer dentro de los ajustados pantalones que moldeaban el resto de su cuerpo.

Paralizado por la fatal belleza, Larry casi olvidó dónde se encontraba, y para qué se encontraba allí.

«La Voz» se encargó de volverle a la realidad con su apremiante urgencia:

«*¡Dispara, dispara!*»

—No…, ¿cómo voy a matar a una mujer?

«*La han enviado en lugar del otro. ¡Dispara o te matará, nos matará, Larry!*»

La vio acercarse, aunque ella aún no le había descubierto.

La muchacha miraba a su alrededor y se movía con grácil cautela. En la mano llevaba un pequeño y extraño bolso, nada más.

Observó que no se veían en ella ni una joya, ni el más insignificante adorno. Aunque pensándolo bien, una mujer con tan diabólica belleza no necesitaba adorno alguno para fascinar al hombre más ecuánime.

«*¡Dispara, Larry, mátala*!»

El sentía la tibia culata de la pistola en la mano, pero no era dueño de sus actos, como fascinado por aquel ser maravilloso que había aparecido de pronto ante sus ojos asombrados.

Y en aquel instante, ella le descubrió.

Se detuvo, mirándole fijamente. Su mirada era penetrante, hipnótica. Chocó con sus propios ojos y pareció taladrarle, buceando en su mente, penetrándole hasta el último recoveco del cerebro como si buscara las fuentes de todas sus ansias, de todos sus deseos.

Sonrió. Sus dientes eran agudos, blanquísimos.

«*¡Mátala, mátala!*»

Sacudió la cabeza, aturdido.

—¿Quién… quién es usted? —balbuceó.

—Me extravié… la puerta del jardín estaba abierta y decidí preguntar. ¿Vive usted aquí?

—Sí…

«*¡Larry, va a aniquilarnos!*»

La vio abrir el pequeño bolso sin dejar de sonreír. Era una sonrisa ardiente como el infierno.

Había olvidado a Carolyn, a su cuerpo que reposaba arriba. Habría podido olvidarse incluso de respirar o de vivir a causa de aquella criatura fascinante que estaba sacando la mano del bolso.

En la mano sostenía un diminuto cilindro.

«*¡Va a matarnos, Larry!*»

No dejó de sonreír cuando levantó el pequeño cilindro.

Toda la voluntad de Larry se había esfumado. Entonces, le abandonó también la capacidad de razonar y otra voluntad que no era la suya le impulsó a saltar apartándose del ventanal.

Una chispa verde entró como un rayo. Al fondo, un mueble y parte de la pared lanzaron un destello cegador y desaparecieron con estrépito.

De modo que era cierto… No era simplemente una mujer de increíble belleza, sino una máquina de matar, un asesino que podía aniquilarle sin dejar de sonreír.

Larry rodó por el suelo pegado a la pared. Ahora, sus dedos se cerraban, furiosos, alrededor de su propia arma.

Ella entró agazapada, lista para repetir su disparo. Toda la filigrana de su cuerpo se veía tensa, como una pantera lista para atacar.

«*¡Ahora, Larry!*»

El oprimió suavemente el disparador, hubo un ruidoso chasquido y una lengua roja saltó hacia el cuerpo adorable de la mujer. La envolvió en una centésima de segundo y el impacto fue apenas más ruidoso que un suspiro.

Pero la fascinante figura se alzó, llameante, y luego hubo como un estallido silencioso y un vapor verde desvaneciéndose rápidamente…

Y luego nada.

Larry se levantó, tambaleándose. Allí donde había estado la mujer no quedaba nada, ni el menor rastro de ella, de su presencia mortal, como si jamás hubiera existido y todo lo sucedido fuera sólo fruto de una siniestra pesadilla.

«*¡Lo conseguiste!*»

Miró afuera, al jardín por donde ella había aparecido. Pensó que en esos instantes quien pudiera haber estado muerto era él, y con él habrían sido aniquilados Carolyn y el capitán Colby… y ese ser con el que ya se estaba familiarizando que parecía vivir en su propia mente…

—¿Quién era? —jadeó.

«*No puedo saberlo. Pero deben haber estudiado las reacciones de los seres de este mundo… Una mujer era más efectiva que el primero que enviaron contra mí.*»

—Y ahora, ¿qué ocurrirá?

«*Pasará cierto tiempo*. Y *pienso que todo ha sido inútil, Larry.*»

—¿Qué ha sido inútil, matarla?

«*No. Lo que he querido hacer.*»

—¿Crees que ha llegado la hora de que sepa a qué atenerme respecto a ti?

«*Tal vez sí…*»

—Tú llegaste de otro mundo… ¿Para qué, Anor?

«*Pertenezco a un mundo superior a éste, Larry, pero dominado por fuerzas terribles, seres que se lanzaron hace milenios a la conquista de otros planetas de nuestro sistema. Esclavizaron a sus habitantes, aniquilaron a cuantos se les opusieron y adquirieron un poder que nada ni nadie puede detener ya.*»

—Pero si ese mundo está en otra galaxia, lejana miles de años luz de la nuestra…

«*Para nosotros no existen las distancias tal y como las conocéis en la tierra. Hemos aprendido a utilizar la curvatura "luz-tiempo-espacio" y podemos desplazarnos a cualquier lugar del Universo.*»

—¿Así llegaste tú?

«*Ciertamente. A bordo de una gran nave que está detenida en un punto del espacio de tu sistema solar. De ella, y mediante pequeños módulos de maniobra, hemos descendido sobre la Tierra.*»

—Pero, ¿cómo, Anor? La Tierra está protegida por un sistema de detección perfecto… Además, ¿dónde están esos módulos, o vas a decirme que son invisibles?

«*No, en absoluto. Pero lo que tú llamas perfecto sistema de detección es algo tan rudimentario que podemos burlarlo como si fuera un juego. En cuanto al escondite de los módulos… Yo elegí los pantanos. Supongo que ellos habrán hecho igual.*»

—Pero, ¿por qué, Anor?

«*Porque el gran poder que gobierna mi mundo ha ordenado someter ahora otros sistemas planetarios. Esa es la razón de que haya esa nave gigante en el vuestro.*»

—¿Quieres decir que piensan atacarnos?

«*Larry, lo que tu entiendes por ataque no se producirá. Pero el Gran Poder, cuando esté preparado para dominar la Tierra podrá barrer todo signo de vida en ella. Eso es lo que yo quise evitar. He visto las catástrofes provocadas en nuestra galaxia y no desearía verlas repetirse en la tuya.*»

—Entiendo…

«*Sólo que ahora que conozco este planeta y a sus gentes, sé que no merecía la pena haberme arriesgado.*»

—¿Por qué? Tenemos derecho a vivir en paz, Anor. Si tu aviso llega a tiempo a los gobiernos de la Tierra podrán prevenirse.

«*Ya te advertí que nuestro concepto del tiempo difiere enormemente. Lo que para nosotros es inmediato, para este planeta es algo muy lejano. El Gran Poder no está en condiciones de absorber aún este sistema planetario. No lo estará antes de… mejor dicho, para que lo comprendas, de doscientos años según vuestra medida del tiempo. Aunque para nosotros es casi inmediato…*»

—La cabeza me da vueltas…

«*Para entonces, Larry, ni siquiera encontraremos resistencia en la Tierra.*»

—¡Los que vivan en esa época resistirán! Estarán prevenidos gracias a ti.

«*Nadie vivirá en esa época.*»

—¿Qué?

«*No puedo comprender vuestra insensatez, Larry. Los mismos habitantes de este mundo están destruyéndolo. Dentro de doscientos años no habrá vida aquí. Al ritmo actual, para entonces la atmósfera será irrespirable, tan mortal como un veneno. No habrá agua, ni bosques, ni vida en los mares. Será un planeta muerto.*»

Él se estremeció. Era una profecía alucinante.

—De modo, Anor, que has decidido regresar con los tuyos.

«*Ya no puedo volver, Larry. Soy un simple traidor. Y tampoco puedo quedarme aquí porque mi presencia podría provocar una catástrofe, ya que ellos seguirían enviando ejecutores en mi busca. ¿Sabes qué pienso ahora que conozco bien la Tierra? Que fui un estúpido al intentar salvarla, porque nadie puede salvar a alguien que está decidido a destruirse a sí mismo.*»

—¿Y qué vas a hacer, en estas circunstancias?

«*Sólo tratar de prolongar un poco más vuestra agonía, Larry. Si la gran nave es destruida pasará otro período de tiempo antes que pueda llegar otra, y eso es lo que haré.*»

—Estoy tan aturdido que no acierto a pensar, Anor… Me hubiera gustado verte a pesar de todo.

«*Podrás verme. Escucha, Larry, la densidad de mi mundo es apenas una centésima parte del tuyo. Por consiguiente, también nuestra propia densidad física es proporcionalmente mínima. Eso nos permite realizar cosas que para vosotros serían milagrosas. Hemos desarrollado los poderes psíquicos hasta límites que ni puedes imaginar…*»

—¿Dónde entra aquí la terramina, Anor?

«*Esa droga nos permite conservar una apariencia de seres terrícolas.*»

—¿Quieres decir que eres muy distinto a mí?

«*Un poco…*»

Larry intentó poner orden en sus pensamientos. Ahora no sabía dónde empezaban los suyos o dónde terminaban los del ser que se había adueñado de su mente.

De pronto, con un sobresalto, pensó en lo que verdaderamente le angustiaba hasta el límite de su razón.

—Anor… Tú dijiste que yo no estaba muerto… que podrías conseguir que pudiera recobrar mi aspecto normal, mi propia personalidad. ¿Es eso cierto?

«*Absolutamente cierto, aunque hube de sacrificar a otros hombres en un intento de engañar al ejecutor que me perseguía. Nuestros cuerpos desprenden una radiación que es captada por el detector que ya utilizaste. Me limité a pasar una ligera radiación al cuerpo de otros hombres. ¿Comprendes? Si el ejecutor se hubiera convencido de que me había eliminado bajo la forma de un terrícola, hubiera regresado a la gran nave, dejándome con vida. No pude engañarle, por eso contigo decidí obrar de otro modo… obligándote a ayudarme.*»

—Pero él disparó contra mí…

«Lo hizo. Pero recuerda que la densidad de tu cuerpo es cien veces más compacta que la de los nuestros. Él disparó una descarga destinada a mí, y lo hizo en el instante en que yo te rodeé de un escudo de radiaciones. Su descarga no pudo destruirte, aunque provocó en ti una muerte aparente. Por eso la descarga de la mujer fue distinta, tan potente que te hubiera desintegrado como hizo con la pared. Ella ya sabía a qué atenerse cuando la enviaron en sustitución del otro.»

—Es terrible, Anor…

Se llevó las manos a la cara, aturdido por el alud de conocimientos asombrosos que estaba obteniendo.

Entonces, al acercar las manos a sus ojos, dio un grito de terror y se quedó mirando las garras en que se habían convertido… Aquellos dedos largos, nudosos, recubiertos por una piel verde olivácea parecida a pergamino viejo…

—¡Anor!

«Cálmate. Pasó la hora en que debías haberte inyectado la droga. Mírate a un espejo.»

Tambaleándose, Larry salió de la estancia y subió a trompicones hacia el vestidor.

Se detuvo antes de llegar al espejo, temeroso de lo que iba a ver. Deseándolo y temiéndolo a un tiempo.

«Ahora, Larry.»

Avanzó despacio. Cerró un instante los ojos y luego los abrió.

Necesitó de toda la fuerza de voluntad, o quizá fue la fuerza de «La Voz», pero apenas pudo contener un aullido de estupor.

Allí estaba la imagen de un ser cuya cabeza lisa, cuya cara verdosa, como pergamino, con unos ojos redondos y profundamente hundidos, parecía mirarle desde las profundidades de un mundo de pesadilla. La boca era apenas una línea violácea.

Sobre el gran cráneo relucía el resplandor de la luz como en una superficie de cristal.

—¡Dios! —jadeó con un quejido—. ¿Así soy yo, ahora?

«No, Larry. "Así soy yo." Tuyo, en esa imagen, sólo hay parte de la mente.»

—¿Y el cuerpo…?

Las ropas colgaban desmañadamente sobre un cuerpo que parecía haber adelgazado de repente.

«No difiere mucho del tuyo. Siéntate ahora, y aplica la droga en el brazo.»

Obedeció. Empezaba a sentir como si flotara en el aire, como si pudiera echar a volar con sólo proponérselo.

Después de inyectar aquella sustancia en el apergaminado brazo, se recostó contra la butaca, echó la cabeza atrás y cerró los ojos.

Su mente empezó a nublarse, aturdiéndole. Todo giró en un torbellino alucinante…

Luego, hubo algo semejante a un chispazo, a una llamarada, y como si le llegara desde una inmensa lejanía, «La Voz» susurró:

«*Buena suerte, Larry… A ti y a tu pobre mundo…*»

CAPÍTULO XV

Corby sacudió la cabeza.

—¿Qué diablos…?

Carolyn murmuró:

—¿Decía usted, capitán?

—¿Dónde demonios está ese fulano, por dónde salió, lo sabe usted?

—No, yo… ¡Larry!

Larry levantó la cabeza, parpadeando.

Estaba sentado sobre el borde del lecho y paseó su mirada azorada de uno al otro.

Corby boqueó, con todo el espanto que era capaz de sentir culebreando en sus nervios.

Luego, a trompicones, retrocedió hasta que sus piernas tropezaron con una butaca y cayó sentado en ella igual que hipnotizado.

—Carolyn… ¡Dios! Al fin todo acabó…

—Pero tú… ¡Larry! ¿Qué sucedió?

—Es una larga historia.

—¡Usted está muerto! —chilló Corby—. No puede ser más que una alucinación…

—Nunca estuve muerto, capitán.

—Larry…

La muchacha fue a sentarse a su lado y enlazó sus manos en los dedos de él.

—Me crees, ¿no es cierto, Carolyn? Nunca estuve muerto…

—Ahora estás vivo… tus manos tienen calor. Y siento cómo palpita tu corazón…

—Te lo contaré todo…

—¡Un momento! —saltó Corby, temblando—. ¿Cómo pudo engañar

al forense y a los médicos de la Base? Ellos certificaron su muerte, Shayne.

—Y presumo que tendré no poco trabajo para convencerles de lo contrario…

—Pero… Voy a volverme loco —estalló el policía—. Aquí había un tipo cuando entramos, hace unos segundos…

—Hace horas. Era yo… Mejor dicho, no era yo, era Anor…

—¿Quiere burlarse de mí?

—Mire, estoy aturdido, Corby. Deme tiempo para tranquilizarme. Entonces le contaré todo lo sucedido, aunque sé que no me creerá… Ni usted ni nadie, imagino.

—De eso puede estar seguro… No creo siquiera que esté usted vivo, a pesar de que le veo y le oigo.

—Y tú, Carolyn… ¿Qué es lo que piensas?

—No pienso nada. Sólo sé que estás vivo, que vuelvo a tenerte… que sigues siendo mío. Todo lo demás no importa ahora para mí.

—¡Pero sí para mí, maldita sea mi estampa! —rugió el policía, levantándose—. Empiece a hablar, Shayne, y procure que su historia sea buena. No quiero que cuando presente mi informe me tomen por loco y me echen a puntapiés de la policía.

—Corby, no voy a contar nada ahora. Lo haré confidencialmente ante los jefes de la Base Astronáutica, aunque usted asistirá a la reunión. Sólo entonces sabrá usted lo que ha sucedido.

Corby emitió una especie de jadeo agónico. Luego, con súbita determinación, gruñó:

—Voy a llamar al doctor… a mis jefes. Empiezo a darme cuenta de que este asunto escapa a mi control. Muertos que resucitan… ¡Cuernos!

Se dirigió a la puerta y salió de estampida.

Carolyn susurró:

—¿Fue esa «voz» que oías la que…?

—Era algo más que una voz. En esos días he dado un salto en el espacio, cariño, he comprendido y asimilado cosas asombrosas. Pero en ningún momento he dejado de amarte como a mi propia vida.

La estrechó entre sus brazos. Pensó en la mujer de siniestra fascinación a quien mató…, pero pronto la borró de sus pensamientos porque los labios de Carolyn estaban en los suyos, y en el ardor de su aliento y de sus besos no cabían ya ideas de muerte.

FIN